

*Georges Bataille*

*Mi madre*

*Eusquets editores*  
*Barcelona*

Título original: *Ma mère*

1.ª edición: enero 1980

© 1966 Jean-Jacques Pauvert éditeur  
Traducción: Paula Brines  
Diseño de la cubierta: Clotet-Tusquets  
Reservados todos los derechos para  
Tusquets editores, S. A., Barcelona, 1980  
Depósito legal: B. 41083-1979  
ISBN: 84-7223-319-7  
Gráficas Diamante, Zamora, 83, Barcelona-18

## Índice

- P. 11 Advertencia a la edición francesa  
de 1966
- 15 Advertencia del traductor
- 17 Mi madre



## Advertencia a la edición francesa de 1966

*Los amigos más íntimos de Georges Bataille sabían desde hacía tiempo que él tenía la intención de escribir, si no una continuación, sí una prolongación de Madame Edwarda.\* Lo que ignoraban es que Madame Edwarda debía formar parte de un conjunto de cuatro textos y que uno de ellos estaba, cuando falleció Georges Bataille, redactado, corregido y listo, en su casi totalidad, para*

\* Por razones puramente burocráticas, relativas al contrato con el editor francés, publicamos *Mi madre* antes de *Madame Edwarda*, que editaremos en esta misma colección, junto con otro relato breve del autor, *El muerto*. (N. del E.)

*imprensa. Es el texto que hoy presentamos.*

*Al no haber terminado aún el examen definitivo de los papeles dejados por Georges Bataille, resulta difícil definir la presentación exacta que él quería dar a este conjunto. Hasta el título es incierto. Una hoja manuscrita, especie de proyecto para una página de títulos, lleva en efecto estas menciones cuya disposición hemos respetado:*

Pierre Angelici <sup>1</sup>

Madame Edwarda

I

Divinus Deus

II

Mi madre

III <sup>2</sup>

1. «Pierre Angélique» fue siempre el seudónimo elegido por Bataille para la publicación de *Madame Edwarda*. (N. del editor francés.)

2. Aquí, hay un espacio en blanco, sin duda para *Charlotte d'Ingerville*. (N. del editor francés.)

Seguido de  
Paradoja sobre el Erotismo

por  
Georges Bataille

*Y precisamente en este orden se encuentran los manuscritos de entre los cuales extrajimos Mi madre. Pero con la única diferencia de que Divinus Deus, en lugar de Madame Edwarda, pasa a ser aquí el título general, presentado solo en una página, en caracteres grandes, mientras los textos que siguen llevan cada uno una página de título: I, Madame Edwarda; II, Mi Madre; tercera parte, Charlotte d'Ingerville: esta «tercera parte» consiste en las tres páginas del inicio en las que Pierre, tras la muerte de su madre, se encuentra con una amiga de ésta, Charlotte d'Ingerville. Siguen 236 páginas de notas, variantes, y distintos esbozos relacionados con las tres partes, así como 15 hojas de notas que se refieren a Paradoja sobre el erotismo, que debía poner fin al libro.*

*El manuscrito de Mi madre ocupa 91 hojas, numeradas de 22 a 112, más la página del título. Está, como hemos dicho, corre-*

*gido y listo para imprenta hasta la hoja 97, página 188 de nuestra edición. A partir de ahí, el texto se vuelve confuso, sobrecargado, y presenta con frecuencia varias versiones de un mismo pasaje. Tras muchas dudas, decidimos resumir (páginas 188-199) las hojas menos legibles y transcribir únicamente los pasajes claros.*

*Tal como aquí se presenta, esta obra desconocida nos ha parecido indispensable para los lectores, íbamos a decir amigos, de Georges Bataille.*



## Advertencia del traductor

*Como bien explica el editor en la «Advertencia a la edición francesa de 1966», este manuscrito fue encontrado entre sus papeles, después de la muerte de Georges Bataille. Aunque se diga que gran parte del texto estaba listo para imprenta, me atrevo a afirmar que, sin duda, de haber sabido el autor que su libro sería publicado un día, lo habría corregido, o mejor dicho, pulido. Son constantes las irregularidades en la construcción de frases, las contradicciones, los cambios inexplicables de tiempos verbales, las repeticiones (algunas, no obstante, intencio-*

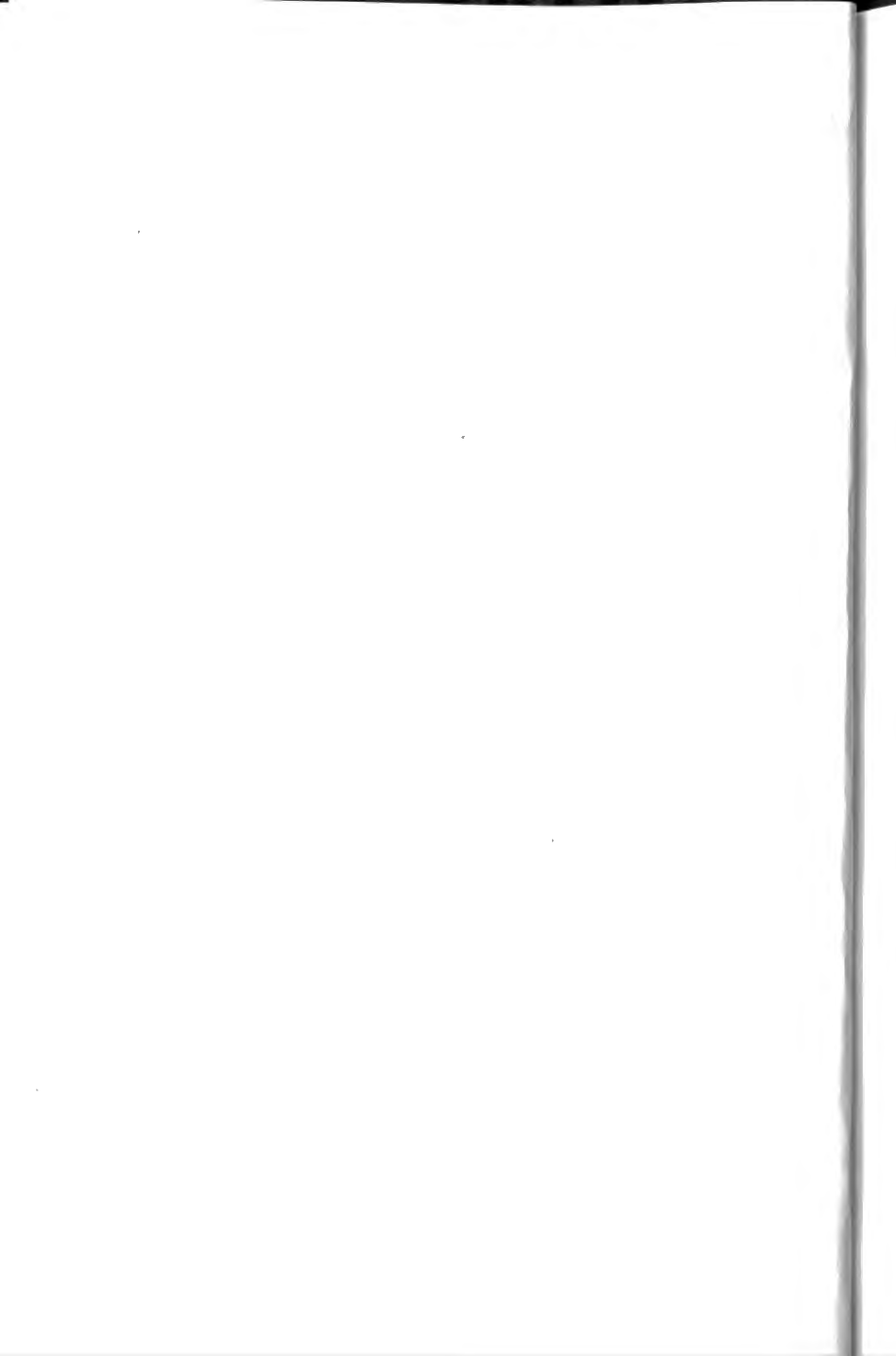
nadas), los «vacíos» entre secuencias y hasta entre conceptos, que no deberían escapar al conocedor de la obra de Bataille. He sido, sin embargo, lo más fiel posible al original, pues lejos de mí la intención de rectificar o reescribir un texto de un autor de la talla de Georges Bataille.

Debo únicamente prevenir al lector contra lo que podría ser interpretado como «fallos o limitaciones del traductor» en aquellos casos en los que estas deficiencias (por otra parte, fácilmente comprensibles dadas las circunstancias) le sorprendieran.

Advierto igualmente al lector de que quizás también se sorprenda del uso —en escasas ocasiones— de palabras llamadas crudas en un contexto que aparentemente no las admite. Pero es muy propio de Bataille el empleo, comedido y brusco a la vez, de esas palabras que asumen así toda la violencia que el autor no sólo desea comunicar, sino también que él mismo vive al escribirlas.

P.B.

**Mi madre**



LA VEJEZ RENUEVA EL TERROR A LO INFINITO. DEVUELVE AL SER AUN SIN TERMINAR AL PRINCIPIO. EL PRINCIPIO QUE AL BORDE DE LA TUMBA ENTREVEO ES EL CERDO QUE EN MI NI LA MUERTE NI EL INSULTO PUEDEN MATAR. EL TERROR AL BORDE DE LA TUMBA ES DIVINO Y ME HUNDO EN EL TERROR QUE ME ENGENDRO.



— ¡Pierre!

La palabra había sido pronunciada en voz baja, con insistente suavidad.

¿Alguien en la habitación contigua me había llamado? ¿Tan suavemente como para no despertarme? Pero estaba despierto. ¿Me había despertado del mismo modo que cuando era niño, cuando tenía fiebre, y mi madre me llamaba con esa voz temerosa?

Llamé yo, a mi vez: no había nadie a mi lado, nadie en la habitación contigua.

A la larga comprendí que, mientras dormía, había oído pronunciar mi nombre en

sueños y que el sentimiento que me dejaba seguiría siendo inasible para mí.

Estaba hundido en la cama, sin penas ni placer. Sabía únicamente que, durante las enfermedades y las largas fiebres de mi infancia, esta voz me había llamado del mismo modo: entonces, la amenaza de muerte que me rondaba otorgaba a la voz de mi madre aquella suavidad extrema.

Era lento, atento, y lúcidamente me sorprendía no sufrir. Esta vez, el recuerdo de mi madre, hirviendo de intimidad ya no me desgarraba. Ya no se mezclaba al horror de aquellas risas escabrosas que con frecuencia había oído.

En 1906, tenía diecisiete años cuando murió mi padre.

Enfermo, había vivido mucho tiempo en un pueblo, en casa de mi abuela, adonde iba a verme a veces mi madre. Pero, por entonces, vivía en París desde hacía tres años. Había comprendido muy pronto que mi padre bebía. Las comidas transcurrían en si-



lencio: alguna vez mi padre empezaba una historia confusa que apenas podía seguir y que mi madre escuchaba sin decir palabra. No terminaba nunca, y se callaba.

Después de cenar, oía con frecuencia desde mi habitación una escena ruidosa, ininteligible para mí, que me dejaba el sentimiento de que habría tenido que acudir en ayuda de mi madre. Desde mi cama, acechaba los estallidos de voces entremezclados con el ruido de muebles derribados. A veces me levantaba y, en el pasillo, esperaba a que el ruido se apaciguara. Un día, se abrió la puerta: vi a mi padre rojo, vacilante, cual un borracho de arrabal, insólito en el lujo de la casa. Mi padre no me hablaba sino con una especie de ternura, con movimientos ciegos, casi pueriles de tanto temblar. Me aterraba. Le sorprendí una vez, atravesando los salones: empujaba con violencia los sillones, y mi madre, semidesnuda, lo rehuía: mi padre, en cambio, no llevaba más que la ropa interior. Alcanzó a mi madre: cayeron juntos gritando. Desaparecí y comprendí entonces que tendría que haberme quedado en mi cuarto. Otro día, extraviado, él abrió la puerta de mi habitación: permaneció en el um-

bral con una botella en la mano; me vio, y la botella, deslizándose de entre sus dedos, se rompió, y el alcohol inundó el suelo. Le miré, un momento: se cogió la cabeza entre las manos después del innoble ruido de la botella; callaba, pero yo temblaba.

Lo odiaba tan plenamente que le llevaba la contraria por cualquier cosa. En aquella época, pasé a ser tan devoto que llegué a imaginar que un día me metería en un seminario. Mi padre era entonces anticlerical. No renuncié al hábito sino cuando murió, con el fin de vivir con mi madre, por quien sentía una arrebatadora adoración. En mi estupidez, creía que mi madre era como pensaba que eran todas las mujeres, que era lo que sólo una vanidad de macho impedía que fuera, o sea muy entregada a la religión. ¿No iba yo los domingos a misa con ella? Mi madre me quería: entre ella y yo había, creo, cierta identidad de pensamiento y sentimientos, que sólo la presencia del intruso, mi padre entorpecía. Yo sufría, es cierto, de las continuas ausencias de mi madre, pero ¿cómo podía oponerme a que ella intentara

por todos los medios escapar al ser aborrecido?

Me sorprendía sin duda el que, durante las ausencias de mi padre, ella saliera constantemente. Mi padre hacía largas estancias en Niza donde yo sabía que organizaba juergas, jugaba y bebía como de costumbre. Me habría gustado decirle a mi madre cuánto me alegraba ante la inminencia de sus partidas; con extraña tristeza, mi madre rechazaba toda conversación, pero yo estaba seguro de que ella se alegraba tanto como yo. La última vez se fue a Bretaña, adonde su hermana lo había invitado: mi madre tenía que acompañarle, pero, en el último momento, decidió quedarse. Estaba tan contento a la hora de la cena, con mi padre lejos, que me atreví a comunicar a mi madre mi júbilo por quedarme a solas con ella: con gran sorpresa para mí, ella se mostró encantada, bromeando más que de costumbre.

Yo había crecido. De pronto era un hombre: ella prometió llevarme pronto a un restaurante alegre.

—Parezco aún lo bastante joven como para

acompañarte —me dijo—. Pero eres tan guapo que me tomarán por tu amante.

Me reí, porque ella se reía, pero me quedé sin aliento. No podía creer que mi madre hubiese pronunciado la palabra. Me pareció que había bebido.

Jamás me había percatado, hasta entonces, de que mi madre bebía. Muy pronto comprendí que bebía cada día de la misma manera. Pero no tenía esa risa en cascada, ni esa indecente alegría de vivir. Tenía, por el contrario, una triste suavidad, atrayente, que la encerraba en sí misma; tenía la profunda melancolía que yo relacionaba con la maldad de mi padre, y esa melancolía fue la causa de mi dedicación a ella a lo largo de toda mi vida.

A los postres, se fue y me quedé defraudado. ¿No se había burlado de mi pena? Mi decepción se prolongó durante unos días. Mi madre no dejó de reírse —y de beber— y sobre todo de irse. Me quedé solo, estudiando. En aquella época, seguía unos cursos, estudiaba y, del mismo modo que habría podido beber, me emborrachaba de trabajo.

Un día mi madre no salió como de costumbre después del almuerzo. Se reía conmigo. Me pedía perdón por no haber mantenido su promesa y por no haberme llevado, como solía decir, «por ahí». Mi madre, antaño tan grave, inspiradora de penosos sentimientos, los de una noche de tormenta, aparecía de pronto ante mí bajo una luz totalmente nueva: la de una joven disipada. Sabía que era muy guapa: todo el mundo lo decía a su alrededor. Pero desconocía aquella coquetería provocativa. Había apenas cumplido los treinta y dos años, y, al mirarla, su elegancia, su porte me trastocaban.

—Te llevo mañana —me dijo—. Dame un beso. ¡Hasta mañana por la noche, hermoso amante mío!

Con esta despedida, se rió desenfrenadamente, se puso el sombrero, los guantes y se escurrió, por así decirlo, de entre mis dedos.

Cuando hubo cerrado la puerta, pensé que su belleza y su risa eran diabólicas.

Aquella noche, mi madre no cenó en casa. Al día siguiente, muy pronto, yo tenía que

ir, como cada día, a una clase: al volver, siempre me preguntaba cuál era la finalidad de mis estudios. La camarera, abriendo la puerta, me avisó de que mi madre me esperaba en su habitación. Estaba de mal humor y me dijo en seguida:

—Tengo malas noticias de tu padre.

Permanecí de pie, sin decir palabra.

—Fue repentino —dijo mi madre.

—¿Está muerto? —pregunté.

—Sí —contestó ella.

Guardó silencio un tiempo y siguió.

—Tomaremos un tren para Vannes. Iremos en coche desde la estación de Vannes hasta Segrais.

Pregunté simplemente de qué acababa de morir mi padre, así repentinamente. Ella me lo dijo y se levantó. Hizo un gesto de impotencia. Estaba cansada, parecía llevar una carga, pero no hizo comentario alguno sobre sus sentimientos. Dijo apenas:

—Si hablas con Roberto o Marta, no olvides que, en principio, el dolor debería destrozarte. Es propio de las buenas personas que están a nuestro servicio sentir que deberíamos llorar. Pero es inútil que llores, basta con que bajes la mirada.

Comprendí que mi serenidad irritaba a mi madre, cuya voz se elevaba con dureza. La miré fijamente. Me sorprendía verla envejecida. Me sorprendía, estaba desamparado. ¿Podía ocultar el devoto júbilo que, sordamente, contrariaba la tristeza convencional que sobreviene ante el socarrón advenimiento de la muerte? No quería que mi madre envejeciera, quería verla liberada tanto de su verdugo como de la loca alegría en la que se refugiaba, que hacía mentir su rostro. Quería ser feliz, habría incluso querido que el luto, en el que la suerte nos encerraba, comunicara a nuestra felicidad esa hechizante tristeza que produce la dulzura de la muerte...

Pero bajé la cabeza: la frase de mi madre no me daba sólo vergüenza. Tenía la sensación de que me limpiaban los mocos. Pensé que iba a llorar al menos de despecho, o de rabia risible. Y, como por fin la muerte suele convocar las lágrimas más tontas, cuando hablé de nuestra desgracia con el servicio, lloré.

El ruido del simón, luego el del tren, nos

permitieron, por fortuna, permanecer en silencio.

Un ligero sueño me invadía y me permitía olvidar.

Ya tan sólo me preocupaba por no irritar a mi madre. No obstante, le propuse pasar la noche en el hotel de Vannes. Ella había seguramente anunciado por telegrama que llegaríamos al día siguiente, y aceptó sin decir palabra. En el restaurante y más tarde en la estación, por fin hablamos. Mi turbación, y mi infantilidad, eran perceptibles a pesar mío. No vi a mi madre beber. Pero pidió otra botella, y comprendí. Alarmado, bajé los ojos. Cuando los levanté, la mirada de mi madre opuso a la mía una dureza que me dejó aterrado. Llenó su vaso ostensiblemente. Esperaba el instante maldito que mi estupidez anhelaba. Desde hacía tiempo, ya no soportaba...

Lloraba, y las lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

—Mamá —exclamé—, ¿no es mejor para él? ¿Y para ti?

—Cállate —dijo secamente.

Se mostraba hostil ante mí, como si el odio hablara por ella.



Seguí, balbuceé:

—Mamá, sabes muy bien que, de todos modos, es mejor para él.

Ella bebía rápido. Esbozó una sonrisa ininteligible:

—Dilo de una vez: yo le hacía la vida imposible.

No entendía bien y protesté.

—Está muerto, y no debemos decir nada de él. Pero tu vida era difícil.

—¿Qué sabes tú? —contestó ella.

No dejaba de sonreír. Ya no me veía.

—No sabes nada de mi vida.

El camarero se acercó, nos sirvió. Había en la sala un olor triste, degradante, el mantel estaba manchado de rojo. Hacía calor.

—Huele a tormenta —dijo el camarero.

Nadie le contestó.

Me dije (temblaba ante mi madre): «¿Cómo podría condenarla?».

Y sufría por haber dudado de ella un instante. Me sonrojé, sequé el sudor que me rociaba la frente.

El rostro de mi madre era hermético. De pronto, sus rasgos se transformaron. Como una cera que se derrite, se ablandaban, y por

un instante su labio inferior se dobló hacia el interior de la boca.

—¡Pierre —me dijo—, mírame!

Aquel rostro móvil —y huidizo— se cargaba, desprendiendo un sentimiento de horror. Ella oponía un vano esfuerzo al delirio que la invadía. Habló, rítmica, lentamente, sus rasgos se habían paralizado en la locura.

Lo que mi madre me decía me desgarraba. Su solemnidad y, sobre todo, aún más terrible, su repelente grandeza, me sobrecogieron. Escuchaba, anonadado.

—Eres demasiado joven —dijo—, y no debería hablarte, pero debes a fin de cuentas preguntarte si tu madre es digna del respeto que le tienes. Ahora, tu padre ha muerto, y estoy harta de mentir: *¡soy peor que él!*

Sonrió con una sonrisa amarga, desmedida. Estiraba con las dos manos el cuello de su vestido y lo separaba. Ninguna indecencia se mezclaba a ese gesto en el que sólo se expresaba el desamparo.

—Pierre —siguió ella—, sólo tú sientes por tu madre un respeto que ella no merece. Esos hombres, que un día encontraste en el salón, esos lechuginos, ¿qué crees que eran?

No contesté, no me había fijado en ellos.  
—Tu padre lo sabía. Tu padre estaba de acuerdo. En tu ausencia, esos idiotas ya no sentían respeto por tu madre... ¡Mírala!

La sonrisa repelente, la sonrisa enajenada de mi madre era la sonrisa de la desdicha.

Mi madre me quería: ¿podía ella soportar la estupidez a la que mi devoción —y sus mentiras— me habían reducido?

Más tarde, me diría esa frase de mi padre: «Déjame a mí». Ese fue el deseo de mi padre, al comprender que, para mí, mi madre era intachable y que debía permanecer así a toda costa. Su muerte hacía intolerable este acuerdo. Y, en el desconcierto que siguió, ella cedió a la tentación de mostrarse inmundada a mis ojos, como se complacía en mostrarse siempre que se entregaba.

—Querría —y con ella expresaba el legado que, al envenenarse, ella me dejó—, que me quisieras hasta en la muerte. Por mi parte, te quiero ya en la muerte. Pero acepto tu amor a condición de que sepas que soy repugnante y de que me quieras sabiéndolo.

Aquel día, abatido, abandoné el comedor y subí a mi habitación sollozando.

La ventana abierta ante un cielo tormentoso, escuché un momento los chorros de vapor, los silbidos y el jadeo de las locomotoras. Me dirigía a ese Dios que, en mi corazón, me desgarraba, y que ese corazón, al destrozarse, no podía contener. Me pareció en mi angustia que el vacío me invadía. Yo era demasiado pequeño, demasiado lamentable. No estaba a la altura de lo que me agobiaba, del horror. Oí desplomarse el trueno. Me dejé caer en la alfombra. Se me ocurrió, colocándome de bruces, abrir los brazos en cruz en la actitud del suplicante.

Mucho más tarde, oí a mi madre entrar en su habitación. Recordé haber dejado abierta la puerta de comunicación. Oí que se acercaba y cerraba suavemente la puerta. Al cerrarse, la puerta me devolvía a la soledad, pero me parecía que nada podría sacarme ya de allí, y me quedé en el suelo, dejando deslizar mis lágrimas en silencio.

El largo ronquido del trueno se arrastraba sin perturbar la somnolencia que me invadía. De pronto, la puerta se abrió, un trueno más violento me había arrancado súbita-

mente del sueño. El estruendo de una lluvia torrencial me aturdí. Oí a mi madre entrar descalza en mi habitación. No me vio ni en la cama ni en el cuarto y gritó:

—¡Pierre!

Tropezó conmigo. Me levanté. La cogí entre mis brazos. Sentíamos miedo y llorábamos. Nos cubríamos de besos. Su camisón había caído por la espalda, de tal manera que, en mis brazos, yo abrazaba un cuerpo semidesnudo. Una tromba de agua la había mojado al pasar por una ventana: en la ebriedad, los cabellos deshechos, ella ya no sabía lo que decía.

Ayudé, sin embargo, a mi madre a sentarse.

Seguía hablando desatinadamente, pero, con el camisón en orden, volvía a estar decente.

Me sonreía entre las lágrimas, pero estaba doblada por el sufrimiento y, como si hubiese querido vomitar, se sostenía el corazón.

—Eres bueno —me decía—. No te merezco. Tendría que haber caído en un ave zancuda, que me hubiese ultrajado. Lo habría preferido. Tu madre sólo se encuentra a gusto en el lodo. Jamás sabrás de qué horrores

soy capaz. Me gustaría que lo supieras. Me gusta el lodo. Acabaré vomitando hoy: he bebido demasiado, me aliviará. Haría lo peor delante tuyo y aún así seguiría siendo pura para ti.

Emitió entonces esa «risa escabrosa» que me astilla.

Estaba de pie, los hombros caídos y la cabeza baja.

Mi madre se había levantado: se dirigió hacia su habitación. Soltó otra carcajada que sonó falsa, pero volvió hacia mí y, aunque su paso era incierto, me cogió por los hombros y me dijo:

—¡Perdóname!

Luego, en voz baja, añadió:

—Debes perdonarme: soy abominable y he bebido. Pero te quiero y te respeto y estaba harta de mentir. Sí, tu madre es repugnante y, para superar esta prueba tendrás que ser muy fuerte.

Finalmente, con gran esfuerzo, se decidió a decir en una especie de sobresalto:

—Podría habértelo ahorrado, haberte mentido, pero te consideraría un tonto. Soy una mala mujer, una depravada, y bebo, pero tú no eres un cobarde. Piensa en el valor que he

tenido que reunir para hablarte. Si esta noche he bebido hasta el fin, ha sido para ayudarme, y quizá también para ayudarte a ti. Ahora, ayúdame tú, llévame a mi cuarto, a mi cama.

Aquella noche conduje a su cama a una anciana agobiada. Yo mismo me encontraba alelado, vacilante, en un mundo congelante.

Habría querido, de haber podido, dejarme morir.

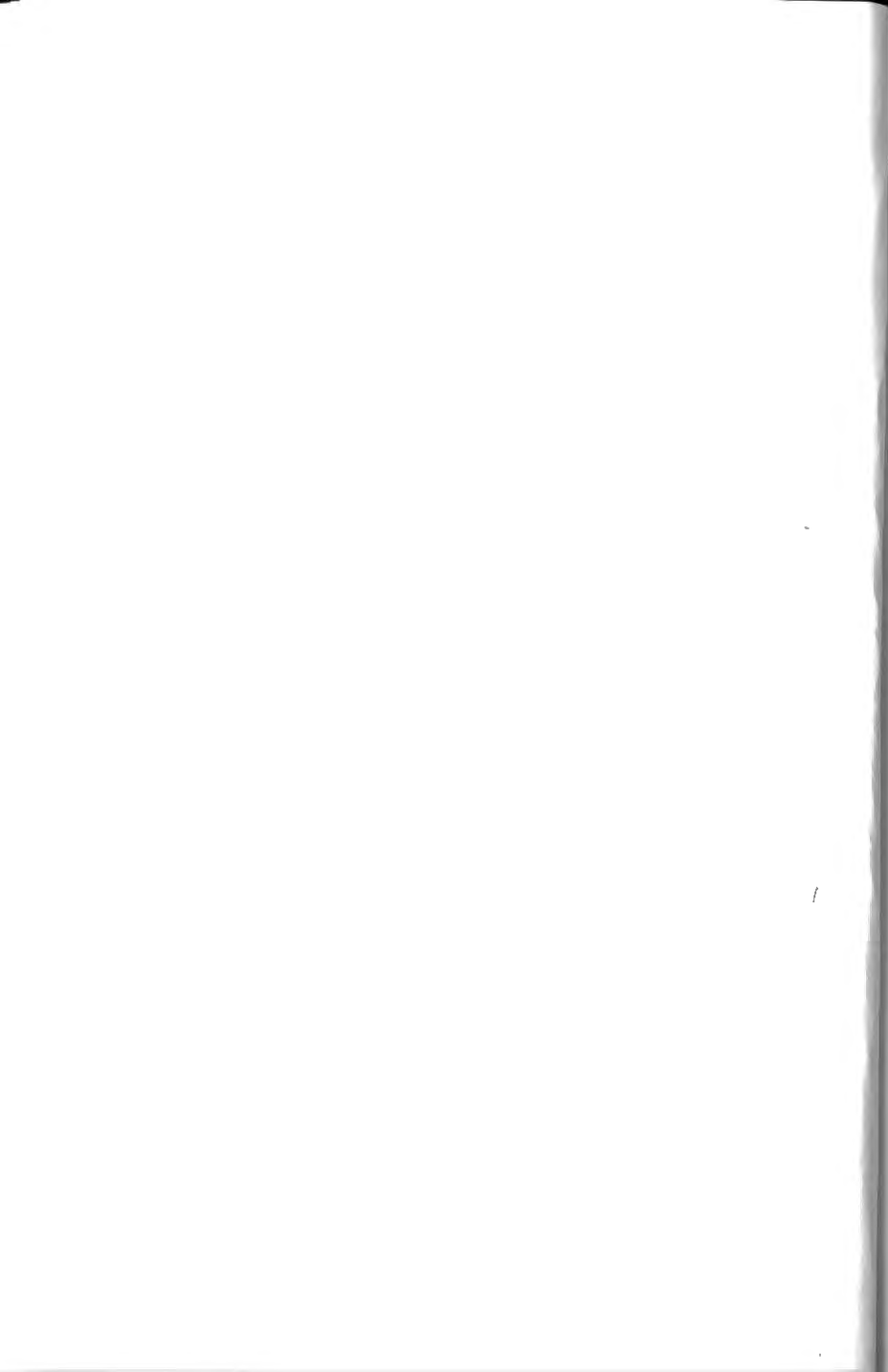
Recuerdo el entierro de mi padre de la casa familiar a la iglesia, y más tarde al cementerio como un tiempo vacío al que le faltara sustancia. Recuerdo a mi madre bajo sus largos velos de viuda, así como la gran mentira de los sacerdotes, cuyo deber era el de no cantar, ya que el muerto había sido un hombre impío... Poco me importaba ya, y los velos de mi madre, que, a pesar mío, por todo lo que ocultaban de inmundo, me incitaban a la risa, tampoco me importaban. Estaba descuartizado, perdía la cabeza.

Había comprendido que la maldición, el terror, se encarnaban en mí.

Había creído que la muerte de mi padre me devolvería a la vida, pero, ahora, esa apariencia de vida en mi traje negro me hacía temblar. En mí, no había más que un desorden fulgurante, junto al que todo, a partir de entonces, me resultaría indiferente. En la profundidad de mi asco, me sentí semejante a DIOS. ¿Qué otra cosa podía hacer en ese mundo muerto que olvidar la fulguración que me había cegado cuando mi madre estaba en mis brazos? Pero ya lo sabía: jamás lo olvidaría.



DIOS es el horror en mí de lo que fue, es y será tan HORRIBLE que a toda costa debería negar y gritar con todas mis fuerzas que niego que eso fue, es o será, pero mentiría.



Al volver de Segrais, mi desamparo fue tan grande que me metí en la cama, con el pretexto de que no me encontraba bien. El médico fue a visitarme y me examinó. Mi madre entró en la habitación, y, cuando oí que el médico decía «nada serio» y vi que mi madre se alzaba de hombros, me sentí aliviado. Pero seguí en la cama y comí en mi habitación.

Luego me dije que, obstinándome, no hacía más que perder el tiempo. Me vestí y llamé a la puerta de mi madre.

—Estoy enfermo —le dije.

—Lo sabía —dijo.

Mi mirada desafiaba la suya, pero vi en sus ojos una tormenta y una hostilidad que me aterraron.

—Ahora me levantaré. Almorzaré, si me dejas, en el comedor.

Ella me miró de arriba abajo. Su perfecta dignidad y su soltura respondían mal al terrible sentimiento que me avasallaba. Pero había en ella, unido a ese calor de tormenta que la crecía, un intolerable desprecio hacia mí.

Sin duda compensaba así la vergüenza de la que había querido cubrirse en Vannes. Pero, desde entonces, más de una vez pude apreciar ese soberano desprecio que ella sentía por quienes no la aceptaban tal como era.

Me dijo con una perfecta serenidad que disimulaba mal su impaciencia:

—Me alegro de verte. Antes de que el médico lo confirmara, sabía que tu enfermedad era fingida. Ya te lo dije: no te sobrepondrás a todo esto huyendo. Ante todo, deberías empezar por no huir de mí. Sé que no has dejado de respetarme profundamente, pero no permitiré que una especie de locura se interponga entre tú y yo. Te pediré que me tribu-

tes ese respeto tan plenamente como antes. Debes seguir siendo el hijo sumiso de aquella cuya indignidad ya conoces.

—Temía —contesté— que vieras una falta de respeto en el malestar que siento ante ti. Soy tan desgraciado. He perdido la cabeza.

Y añadí:

—Es poco decir que soy desgraciado. Tengo miedo.

Mi madre me contestó con esa dureza hostil y tormentosa que me había sorprendido cuando entré y que tenía algo de angustioso.

—Tienes razón. Pero sólo saldrás adelante si te enfrentas con lo que tanto miedo te da. Volverás a tus estudios y, antes, me ayudarás. Al desaparecer tu padre, tengo que arreglar la casa, el desorden que él dejó. Te pediré que te domines y, si quieres, que ordenes en su despacho el caos de libros y papeles. No me siento con valor, y no puedo soportarlo por más tiempo. Además, tengo que salir.

Me pidió que la besara.

Estaba roja, el rostro le ardía.

Delante de mí, se puso con esmero un

sombrero, del que colgaba un velo de viuda. Vi en aquel momento que iba escotada y pintada, y que el luto realzaba con indecencia su belleza.

—Adivino tu pensamiento —me dijo aún—. He decidido no ahorrarte nada. No cambiaré mis deseos. Me respetarás tal como soy: no te ocultaré nada. Me alegro de no tener ya que ocultarte nada.

—Mamá —exclamé enardecido—, nada de lo que puedas hacer cambiará el respeto que tengo por ti. Te lo digo temblando, pero, ya me has oído, te lo digo con todas mis fuerzas.

No podía saber si la prisa que tenía por dejarme se debía al deseo de la diversión que iba a buscar, o al disgusto por la ternura que manifestaba hasta entonces. No podía valorar aún los estragos que la costumbre del placer habían hecho en su corazón. Pero, a partir de aquel momento, no podía más que moverme en un círculo cerrado. Aún menos podía indignarme; en efecto, no dejaba de adorar a mi madre y de venerarla como a una santa. Admitía que no te-

nía razón alguna para tributarle esa veneración, pero jamás pude evitarlo. Así pues, vivía en un tormento que nada podía apaciguar, del que sólo me librarían la muerte y la desgracia definitiva. De ceder al horror del desenfreno en el que yo sabía ahora que mi madre se complacía, el respeto que sentía por ella me convertiría inmediatamente a mí, y no a ella, en objeto de horror. De volver a la veneración, tendría que reconocerme a mí mismo con toda seguridad que su desenfreno me producía náuseas.

Pero ignoraba cuando se fue, y cuando pensé en lo que la alejaba de mí, la trampa infernal que me había tendido. Lo comprendí mucho más tarde. Entonces, en el fondo de la corrupción del terror, no dejaba de amarla: entré en ese delirio en el que me pareció perderme en DIOS.

Estaba en el despacho de mi padre: reinaba un odioso desorden. El recuerdo de su insignificancia, de su estupidez, de sus pretensiones me sofocaba. No tenía entonces el sentimiento de lo que sin duda había sido: un bufón, lleno de encantos inesperados y de manías enfermizas, pero siempre delicioso, siempre listo para dar lo que tenía.

Yo había nacido de los amores que él había tenido, antes de casarse, con mi madre, quien entonces tenía catorce años. La familia se había visto obligada a unir en matrimonio a los dos jóvenes monstruos, y el monstruo más pequeño creció en el caos que reinaba en la casa. Su riqueza les había facilitado muchas cosas, pero nada en la biblioteca de mi padre había puesto un límite al desbarajuste al que la muerte había puesto punto final, abandonándolo todo al polvo. Jamás había visto aquel despacho en semejante estado. Papeles de propaganda o de cuentas amontonados, frascos de farmacia, sombreros hongos grises, guantes, muchos botones, botellas de alcohol y peines sucios se mezclaban con los libros más variados, la mayoría sin el más mínimo interés. Abrí las persianas, y las polillas, a la luz del sol, salieron del fieltro de los sombreros. Decidí decir a mi madre que bastaba con barrer para mejorar el aspecto de aquella habitación cuya única finalidad era el desorden, pero no podía hacerlo antes de examinarla con mayor atención. Tenía que recoger, si los había, los objetos de cierto valor. Encontré efectivamente algunos libros muy bellos.



Los quité de las estanterías que cedían bajo el peso y, en medio del polvo y del farrago que con ello provoqué, me sentí en un estado de sumo debilitamiento. Descubrí entonces algo singular. Detrás de los libros, dentro de los armarios acristalados que mi padre había cerrado, pero cuyas llaves mi madre me había entregado, encontré montones de fotografías. La mayoría estaban cubiertas de polvo. Me sonrojé, rechiné los dientes y tuve que sentarme, pero aún seguían en mis manos algunas de aquellas repugnantes imágenes. Quise huir, pero tenía de todos modos que tirarlas, hacerlas desaparecer antes de que volviera mi madre. Tenía cuanto antes que hacer un montón y quemarlas. Febrilmente, las junté, las amontoné. Las pilas demasiado altas cayeron de las mesas en las que las había dispuesto, y contemplé el desastre: decenas de aquellas imágenes desperdigadas yacían en la alfombra, innobles y aun así turbadoras. ¿Podía luchar contra aquella marea que subía? Desde el principio, había experimentado la misma íntima turbación, febril e involuntaria, que me había desesperado cuando mi madre, semidesnuda, se había arrojado en mis brazos. Las miraba tem-

blando, pero hacía durar el temblor. Perdí la cabeza e hice saltar por los aires las pilas con gestos de impotencia. Pero tenía que recogerlas... Mi padre, mi madre y aquella ciénaga de obscenidad... Desesperado, decidí llevar a cabo aquel horror. Ya me agarraba como un mono: me encerré en medio de aquel polvo y me quité los pantalones.

El júbilo y el terror anudaron en mí el lazo que me estrangulaba. Sofocaba y jadeaba de voluptuosidad. Como más me aterraban aquellas imágenes, más gozaba al verlas. Tras las alarmas, las fiebres, los sofocos de aquellos últimos días, ¿cómo rebelarme de mi propia ignominia? La llamaba y la bendecía. Era mi inevitable destino: mi júbilo era tanto mayor cuanto que, durante mucho tiempo, no había opuesto a la vida sino la decisión de sufrir y que, al gozar, iba envileciéndome y aventurándome siempre más en mi degradación. Me sentía perdido, me mancillaba delante de las inmundicias en las que mi padre —y quizá mi madre— se había revolcado. Era lo que le correspondía al cochino en el que me convertiría, nacido del parto del cerdo —y de la cerda.

La madre, me dije, tiene la obligación de hacer aquello que a los niños les causa esos terribles sobresaltos.

En el suelo se desparramaban ante mí aquellos impudores multiplicados.

Hombres altos, con grandes bigotes, ligas y medias rayadas<sup>1</sup> de mujer se abalanzaban sobre otros hombres, o mujeres, entre las que algunas, más gruesas, me horrorizaban. Pero otras, la mayoría, me encantaban: sus repugnantes posiciones avivaban mi hechizo. En aquel estado de espasmo y desgracia, una de ellas, cuya imagen tenía en la mano (me había tumbado en la alfombra, apoyado en un codo, sufría, y el polvo me había manchado), me pareció tan bella (estaba debajo de un hombre, echada, la cabeza hacia atrás, y los ojos extraviados) que esas palabras: «la belleza de la muerte», al cruzarme por el espíritu, imponiéndome a mí, provocaron el estremecimiento viscoso, y, apretando los dientes, decidí matarme (¡creí decidirlo!).

1. Las rayas eran tan pronto horizontales como verticales. Las fotos libertinas, obscenas, de aquella época recurrían a extraños procedimientos que, mediante efectos cómicos y repugnantes, conseguían resultados más eficaces—más vergonzantes.

Permanecí mucho tiempo tumbado en la alfombra: inerte, semidesnudo, obsceno, en medio de las imágenes de la obscenidad. Dormitaba.

Al anoecer, mi madre llamó a la puerta.

Enloquecido, grité que esperara un momento. Poniendo orden en mi traje, recogí las fotografías lo mejor y lo más rápido que pude, las disimulé, luego abrí a mi madre, quien encendió la luz.

—Me había dormido —le dije.

Mi aspecto era lamentable.

No recuerdo pesadilla más penosa. Mi única esperanza era la de no sobrevivir a ella. Hasta mi madre, visiblemente, se sintió tambalear. El único recuerdo que pueda aún hoy vincular a aquella situación es el castañeteo de los dientes con fiebre alta. Mucho más tarde, mi madre reconoció que había sentido miedo, que tuvo la sensación de haber ido demasiado lejos. Sin embargo, era consecuente consigo misma, y se equivocó al imaginarse que iba a suicidarme. ¿Qué más podía decirse sino que ella tenía miedo del monstruoso deseo que la había impulsado a formular la idea de pedirme que ordenara el despacho de mi padre? Lo había intentado ella misma

antes y, ante el horror que la había asaltado, sádicamente había decidido que me encargara yo. Luego, había ido en busca de sus placeres.

Mi madre me quería, había querido mantenerme fuera de la desgracia y de las terribles voluptuosidades que encontraba en ella, pero ¿había yo mismo resistido a la sugerencia del horror? Ahora conocía esas voluptuosidades: y, a pesar suyo, ella no paró hasta que de alguna manera me hubiese hecho compartir aquello por lo que un asco común la exaltaba hasta el delirio.

En aquel instante, estaba ante mí —semejante a mí— en el abrazo de la angustia.

Supo extraer de esa angustia la suficiente delirante serenidad como para decirme al cabo de cierto tiempo, con voz cálida y apaciguador encanto:

—Ven a mi habitación. No quiero dejarte solo. Obedéceme. Si no sientes piedad por ti mismo, te pido que la sientas por mí. Pero, si quieres, seré fuerte por los dos.

Después de mi largo desamparo, aquella voz me devolvía a la vida. La amaba tanto

más cuanto que ahora estaba a punto de pensar que todo estaba perdido y que, de pronto, experimentaba esa serenidad fuera de alcance, que triunfaba de lo peor, brotando intacta de la infamia.

Ella entró delante de mí en la habitación donde me dejé caer en la silla en la que me pidió que me sentara.

En el momento de dejar la biblioteca, había visto algunas fotografías por el suelo, que se me habían escapado en las prisas.

Me sentía aliviado de haberlas visto, de saber que la duda es imposible. Me sentía aliviado de responder con una vergüenza que yo imaginaba más cabal, a la vergüenza que mi madre, al parecer, podía sentir ante mí, conocedor de su abyección. Al aceptar mi degradación, bajaba al nivel en el que mi vida —si sobrevivía— debía arrastrarse a partir de entonces. Ahora, en mis ojos abatidos, mi madre podía leer mi ignominia. Estaba asqueado, pero prefería que mi madre supiera que yo había perdido el derecho, del que jamás habría usado, de avergonzarme de ella. Ya no sentiría en mí una virtud que

hacía detestables sus debilidades y que abría un abismo entre ella y yo. Tenía simplemente que acostumbrarme, hacerme lentamente a la idea de no ser más que un ser sin sustancia; accedería así al único bien que a partir de entonces podía responder a mi deseo: el de que, si bien fuera lamentablemente triste e, incluso, si jamás llegáramos a hablar de él, un sentimiento de complicidad nos uniera a mi madre y a mí.

Me demoraba en reflexiones de esta naturaleza, en las que no podía encontrar reposo, pero en las que me obstinaba a buscarlo como si no hubiera perdido, en la pendiente en la que había empezado a deslizarme, la más pequeña posibilidad de encontrar un tope.

Siempre había habido en la expresión del rostro de mi madre un extraño elemento que escapaba a la comprensión: una especie de tormentoso berrinche, cercano a la alegría, que a veces se hacía provocador, como una confesión de la ignominia. Parecía ahora, ante mí, estar ausente; no obstante, sentía en ella la rabia, una demente alegría, o una

vergonzosa provocación, como cuando en el teatro se intuye que, entre bastidores, los actores están a punto de irrumpir en cualquier momento en escena.

Por otra parte, de cierta manera había quizás una ilusión en esa espera de lo imposible que casi siempre provocaba mi madre en mí. Su voz, que en escasas ocasiones abandonaba la distinción y la firmeza seductora, que la caracterizaban, la había pronto decepcionado y habría adquirido un tono tranquilizador. Aquella vez, me despertó del doloroso sueño en el que me parecía que la vida se derretía.

—No te debo explicaciones —me dijo—. Pero, en Vannes, bebí irracionalmente. Te ruego que lo olvides.

»Compréndeme —siguió—. No olvidarás lo que te dije: pero no habría tenido el valor de decirlo, si tu chiquillada —si la bebida— y quizás el dolor no me hubiesen extrañado.»

Esperó, así al menos me pareció, una respuesta mía, pero yo bajaba la cabeza. Ella siguió:

—Me gustaría hablarte *ahora*. No estoy segura de poder ayudarte, pero más vale ha-



certe caer aún más bajo que abandonarte a la soledad en la que temo que te encierres. Sé que eres terriblemente desgraciado. Eres débil, tú también. Tu padre era débil, como lo eres tú. Desde el otro día, sabes hasta dónde va mi debilidad. Quizá sepas ahora que el deseo nos reduce a la inconsistencia. Pero aún no sabes lo que yo sé...

No concibo cómo encontré el valor —o la simplicidad— de decir:

—Me gustaría saber lo que sabes...

—No, Pierre —dijo ella—, tú no debes enterarte por mí. Pero me perdonarías si supieras. Perdonarías hasta a tu padre. Y sobre todo...

—...

—Te perdonarías a ti mismo.

Permanecí mudo un largo instante.

—Ahora, debes vivir —dijo mi madre.

Vi que, en aquel momento, ella miraba fijamente el suelo ante ella y que su hermoso rostro se había cerrado. Luego, en el vacío, esbozó una simple sonrisa.

—No estás muy alegre —dijo ella.

—...

—Yo tampoco.

Era la hora de la cena. Ella exigió que le hablara de mis estudios. Como si nada.

Le hablé.

Cuando mi madre volvió a salir, me metí en la cama. En la infamia en la que se complace con frecuencia, a pesar nuestro, la imaginación, pensé que había ido en busca del placer. Pero, antes de irse, ella había ido a arrojarme en mi habitación, como lo hiciera cuando yo era niño. ¡Ni un instante pensé aquel día que ella había querido someterme a la incitación de las fotografías! Vivía en la admiración, fascinado por la alternancia que veía en ella de afectuosa dulzura y de desbordamientos de los que ella me parecía una víctima y que hacían su desgracia, al igual que yo me sentía desgraciado por lo que acababa de ocurrirme por la tarde muy a pesar mío. Descansaba en la cama que ella había arrojado como, después del accidente, a una víctima. Al herido grave que sufre y ha perdido mucha sangre, cuando por fin se despierta envuelto en vendajes, pero en la paz de una clínica, le asaltan, imagino, sentimientos semejantes a los míos.

En la soledad que conocí, las pautas de este mundo, si subsisten están hechas para mantener en nosotros un vertiginoso sentimiento de desmesura: esa soledad es DIOS.



La vida volvió a empezar. En la lentitud, el tiempo cicatrizaba la herida. Mi madre, ante mí, parecía serena; yo admiraba, quería su dominio, que me apaciguaba profundamente. Jamás la había querido tanto. Jamás había sentido por ella mayor devoción, tanto más loca cuanto que, unidos ahora en la misma maldición, estábamos separados del resto del mundo. Entre ella y yo, un nuevo lazo se había formado, el de la degradación y de la cobardía. Muy lejos de lamentar haber sucumbido a mi vez, veía que mi *falta* me había abierto a lo que me parecía

la desgracia de mi madre, que debía aterrarla, como me aterraba a mí, pero que, lo comprendí más tarde, al torturarnos, a condición de torturarnos, debía abrirnos a la única felicidad que no fuera vana, ya que nos arrebató en el abrazo de la desgracia.

Pero, al principio, no podía admitir ese secreto matrimonio del infierno y el cielo. Sufría, pese a todo, al sentir que mi madre se complacía en la miseria a la que yo sabía que ella estaba condenada. Todas las noches, y a veces por la tarde, salía. Cuando cenaba en casa, me daba cuenta de que, las más de las veces, había bebido. Me callaba y esperaba, para llorar, a que saliera, a que volviera a su hastío. Recordaba el tiempo en que deploraba la ebriedad de mi padre, en el que el silencio y la gravedad de mi madre me dejaban creer que ella compartía mi sentimiento. Ahora, había comprendido que a la vez que mi padre —si no con él— ella bebía. (Pero había siempre mantenido una dignidad que mi padre no tenía —sólo le había fallado en Vannes.) Lo más tonto es que, pese a la evidencia, no dejé entonces de acusar a mi padre y únicamente a mi padre. Mi padre, cuya desvergüenza exhibía el re-

pugnante desorden, mi padre que había, estaba seguro, acostumbrado a mi madre a la bebida y que la había corrompido con el tiempo, mi padre cuya basura, tras su muerte, me había a mi vez descarriado.

Evitaba a toda costa reconocer la verdad que, más tarde, antes de morir, mi madre me obligó a ver: ella había sido quien, a los catorce años, había perseguido a mi padre y quien, cuando el embarazo del que yo soy el fruto obligó a la familia a casarlos, iba de desenfreno en desenfreno, corrompiéndolo hasta el final con la misma sagaz obstinación que desplegó conmigo. Si, por un lado, era de una provocadora rectitud, por otro era sarcarrona: su extrema dulzura, si bien tuviera a veces la angustiosa pesadez del aire que precede a la tormenta, me dejó ciego. Vivía con el sentimiento de que una lepra nos roía por dentro: jamás curaríamos de ese mal, ese mal nos había mortalmente contaminado, a ella y a mí. Mi imaginación pueril rumiaba la evidencia de una desgracia, de la que mi madre era víctima conmigo.

No obstante, ese naufragio no se daba sin

mi complicidad. Me instalé en la certeza de que ese mal era inevitable. Un día, aproveché la ausencia de mi madre y reincidí. En la angustia de la tentación, entré en la biblioteca y, al principio, saqué dos fotografías, luego dos más y, lentamente, me sobrecogió el vértigo. Gozaba de la inocencia de la desgracia y de la impotencia. ¿Podía acaso atribuirme una culpa que me seducía, que me inundaba de placer, precisamente en la medida en que me llevaba a la desesperación?

Yo dudaba, vivía angustiado y, en la angustia, cedía sin fin al deseo de ser ante mí mismo objeto de mi horror: diente cariado en un hermoso rostro. Pensaba incesantemente en la confesión que habría tenido que hacer de mis cobardías, pero yo estaba no sólo aterrado de confesar una aberración inconfesable, sino que la idea de confesarme me parecía siempre más una traición a mi madre, una ruptura de ese lazo indestructible que nuestra común ignominia había formado entre ella y yo. Mi auténtica cobardía, pensaba, sería confesar a mi confesor,



quien conocía a mi madre y había admitido conmigo la perfidia exclusiva de mi padre, que yo *amaba* el pecado de mi madre y que me enorgullecía de él como un salvaje. Me imaginaba fácilmente la trivialidad de su lenguaje. ¿Responderían sus triviales exhortaciones a la grandeza de mi angustia, a la irremediable situación en la que la cólera de Dios me había colocado?

Para mí, únicamente el lenguaje tierno —y siempre trágico— de mi madre estaba a la altura de un drama— de un misterio que no era ni menos excesivo, ni menos cegador que Dios mismo. Me parecía que la monstruosa impureza de mi madre —y que la mía, igualmente repugnante— clamaban al cielo y que eran semejantes a Dios, ya que sólo las tinieblas perfectas son semejantes a la luz. Me acordaba de la frase lapidaria de La Rochefoucauld: «Ni el sol ni la muerte pueden mirarse fijamente»... Para mí, la muerte no era menos divina que el sol, y mi madre, con sus crímenes, era más afín a Dios que nada de lo que había entrevisto por la ventana de la Iglesia. Durante aquellos días interminables de soledad y pecado, no dejó ni un segundo de erizarme, como el chirrido

de un tenedor en un cristal, el sentimiento de que el crimen de mi madre la elevaba hacia Dios, al igual que se identifican el terror y la vertiginosa idea de Dios. Y, al querer encontrar a Dios, quería encenagarme y cubrirme de lodo, con el fin de no ser menos digno de él que mi madre. Las ignominiosas escenas de las fotografías se cargaban para mí del esplendor y de la grandeza sin los que la vida carecería de vértigo y sin los que jamás podría mirar fijamente al sol ni a la muerte.

Poco me importaban esos sentimientos de simiesca degradación que revelaban a mi ojorosa lucidez la imagen de mi ruina. Esta se me acercaba a la desnudez de mi madre, al infierno en el que había elegido vivir; o mejor dicho, en el que había elegido dejar de respirar, de vivir. Volvía a veces a coger las más asquerosas fotos de mi padre, me desnudaba y exclamaba: «Dios del terror, tan bajo nos arrastras, nos has arrastrado, a mi madre y a mí...». Sabía que, a la larga, me sentiría orgulloso de ello y, al decirme que el pecado de orgullo era el peor, me cris-

paba. Sabía que la honradez, que ante mí exponía mi confesor, habría sido para mí la negación de ese Dios de sol cegador, de ese Dios de muerte al que buscaba, al que me conducían los caminos de desgracia de mi madre.

Entonces, recordé ciertos aspectos de mi padre borracho. En realidad, dudaba del derecho que yo mismo me había adjudicado de maldecirle: gracias a él, pertenecía a la ebriedad y a la demencia, a todo lo que el mundo encierra de malo, del que jamás Dios se aparta de no ser para lo peor. Mi padre, ese bufón borracho perdido, que a veces recogía la policía, mi padre, de pronto, me enternecía: lloraba. Recordaba la noche de la estación de Vannes y la alternancia de los momentos de desesperada serenidad de mi madre, seguidos súbitamente de aquella deslizante sonrisa, que deformaba sus rasgos, como si se hubieran derretido.

Temblaba, y me sentía desgraciado, pero gozaba abriéndome a todo el desorden del mundo. ¿Cómo no sucumbir al mal que sofo-

caba a mi madre? Se ausentó muchos días.  
Ocupaba mi tiempo en destruirme —o en  
llorar: en esperarla.

La risa es más divina, y más  
inasible que las lágrimas.



Al regresar, mi madre vio las cavidades de mis ojos. Sonrió:

—Te las quitaremos —dijo—. Esta noche, estoy agotada, me voy a la cama.

—Estás igual que yo, mamá. Mírate las ojeras en el espejo...

—Sí, es cierto —dijo ella—. Me gusta más tu malicia que tu mala cara.

Rió francamente y me besó.

Volví a verla al día siguiente a la hora del almuerzo. Ella exclamó:

—Ya no quiero verte con esa mala cara. ¿Sabes cómo te llama Rea?

—¿Rea?

—Claro, aún no la conoces. Te la has cruzado por la escalera. Es una chica bastante guapa, pero, al parecer, las chicas guapas te dan miedo. Rea, en cambio, te vio y reconoció al chico guapo del que a veces le hablo. Ahora, cuando quiere saber de ti, me pregunta: «¿Cómo está nuestro Caballero de la Triste Figura?». Creo que ya es hora de que vivas menos aislado. Un chico de tu edad frecuenta a mujeres. Saldremos esta noche con Rea. No llevaré luto; te pondrás un traje elegante. Olvidaba: Rea es mi mejor amiga; es adorable, bailarina de profesión y la chica más loca del mundo. Si quieres, volveré con ella a las cinco, y os conoceréis. Antes de salir a cenar, tomaremos unos refrescos.

Con suavidad, modulando sus palabras, mi madre reía.

—Sí, mamá —balbuceé.

Tenía un nudo en el estómago. Me decía que, en su rostro, aquella risa era una máscara.

En aquel momento, mi madre se levantó. Pasamos al comedor.

—Supongo que te habrás dado cuenta de



que tu respuesta no es muy alentadora. Decididamente, tendré que ser viciosa por dos.

Se moría de risa. Pero la triste verdad —la que yo amaba— no alcanzaba a desaparecer —bajo la máscara.

—¡Mamá! —exclamé.

—Tu madre —contestó ella— debería regañarte.

Estirando las manos, me cogió por las mejillas.

—A ver.

—...

—No basta querer a su madre, ser inteligente, guapo y cultivar esa seriedad... que me asusta. ¿De qué te servirá esa seriedad si ignora la alegría ajena?

Pensaba en el crimen, en la muerte... Me tapé la cara.

—Tú también eres seria.

—¡No seas tonto! ¡Es simple apariencia! Serías realmente necio si carecieras de ligereza.

Se derrumbaba el sistema que había construido y en el que me refugiaba. Mi madre estaba a veces de buen humor. Pero jamás manifestaba esa alegría sin ardidés, esa jovialidad que me dejaban clavado en la silla.

Ella almorzó sin cejar en su buen humor, burlándose de mi gravedad o, a pesar mío, haciéndome reír.

—Ves —dijo—, no he bebido, pero me siento endiablada. Alégrate de tu profundidad. ¡Mira en qué estado me ha puesto! Dime, y te lo pregunto muy en serio: ¿tienes miedo?

—Pues... no.

—Es una lástima.

Volvió a reírse y se fue.

No abandoné el comedor donde me fui a sentar en un rincón, cabizbajo.

Sabía de antemano que obedecería. Sabría incluso demostrar a mi madre que se equivocaba al burlarse de mí. Ya no dudaba de que, a mi vez, daría prueba de ligereza... En aquel instante, se me ocurrió que, si diese prueba de una ligereza afectada, mi madre podría a su vez simular un sentimiento que no experimentaba. Quería preservar así un edificio en el que quería encerrarme. Podía responder así a la incitación de mi destino que me estimulaba a sumergirme hasta el final, siempre más bajo, a ir hacia donde mi madre me arrastraba y a compartir mi copa con ella, a beberla, tan pronto como

ella quisiera, hasta el poso... Su jovialidad me deslumbraba, pero ¿acaso no debía reconocer que, al aliviarme, no hacía más que anunciarme lo que mejor podía responder a mi deseo de correr al encuentro del peligro, de aquello que tanto vértigo me causaba? ¿Acaso no sabía que mi madre me llevaría al fin adonde iba ella misma? Era sin duda lo más infame. Si ahora me seducía, ¿no era acaso gracias a las orgías que su aparente dignidad acababa por convertir en infernales? Y, al igual que mi padre pasaba de la vergüenza al prestigio, de la galantería a la gravedad, en un perpetuo deslizarse, mis pensamientos se desordenaban en la perspectiva móvil que la imaginable ligereza de Rea volvía turbadora.

Mi madre, pensaba yo, quiere que conozca a su amiga, pero ¿no será una locura deducir de todo esto que ella le pidió que me perdiera?

Imaginé en seguida que, al ser esa bailarina su amiga, debía participar en los desórdenes de mi madre. Así pues, esperaba febrilmente. Rea me atraía de antemano. ¿Qué digo?, me fascinaba. Rea podía hacerme acceder al mundo que me aterraba pero que, en

mi terror, se convertía en el objeto de mis pensamientos.

Esos pensamientos eran tristes, pero la amenaza que suponían traía consigo un júbilo excesivo, que iba a nacer de mi terror. La loca imagen que me había hecho de Rea me perturbaba. Deliraba: la veía desnudarse a la primera palabra; y, al verse mi madre obligada a huir por su canallesca conducta, me abandonaría a aquel pulpo, que me recordaba a las mujeres cuyas obscenidades en compañía de mi padre habían poblado mi imaginación. Puerilmente, me dejaba llevar por esas ensoñaciones. No creía en ellas, pero ya estaba tan extraviado que inventaba las escenas más precisas, con el fin de turbarme y, sensualmente, de mejor chapotear en la vergüenza.

Difícilmente puedo hoy representarme aquellos momentos febriles en los que mi rebelión se mezclaba a la avidez de un placer aterrador, en el que me ahogaba y en

el que gozaba tanto más cuanto más me ahogaba. Lo que ahora me deja creer que se trataba de un juego no son únicamente las trampas que yo mismo me tendía y que me permitían deslizarme siempre más por la pendiente peligrosa, sino también la habilidad y la maestría que desplegaba en cuanto se presentaba alguna dificultad. En ciertas ocasiones me sentía paralizado, como cuando entré en el gran salón y, sobre un fondo de lujosas telas y velos, vi a mi madre y a su amiga, las dos vestidas de rojo y risueñas, y permanecí mudo un instante; me quedé clavado en el suelo, pero de admiración. No obstante, me adelanté sonriendo. Tropecé con la mirada de mi madre, en la que hallé aprobación. Me había efectivamente vestido y peinado con un esmero poco acostumbrado en mí. Cuando me acerqué, había dejado de temblar. Besé, incluso más tiempo de lo normal, la mano de la hermosa Rea, cuyo perfume, escote —y guiño— me conmovieron tanto, y tan íntimamente, como si se hubieran hecho realidad las ensoñaciones que me habían asaltado en mi cuarto.

—No me guarde rencor, Señora —dije a Rea—, si estoy, ¿cómo decirlo?, atónito, pero

me sentiría aún más turbado ante usted si la cabeza no me diera vueltas.

—¡Qué divertido es! —dijo Rea con languidez—. Tan joven, y hablar tan bien a las mujeres, mentir tan bien...

No cabía duda de que yo había nacido para el mundo que Rea me abría. Pero, como mi madre se puso a reír ruidosamente, la oí y noté su presencia, que, en aquel instante, había olvidado: ella y su risa indecente me chocaron. Sentí de pronto un gran malestar.

—No se enfade —dijo Rea—, pero me alegraría aún más, Pierre (permita, querida, que le llame así, por su nombre), de que no dijera mentiras.

El equívoco de Rea me desconcertó.

—Pierre —interrumpió mi madre—, siéntate al lado de mi amiga: por lo que veo, también es la tuya.

Y me designó un lugar en el sofá.

Mi madre y Rea eran tal como me las había imaginado: dos mujerzuelas en compañía de un juerguista. Rea me dejó un lugar a su lado, y se acercó. Sentía subir ya la ebriedad del champán que corría a raudales.

El escote de mi vecina me crispaba. Me había puesto rojo como un pimiento.

—Pero, Pierre —decía Rea—, ¿es que no le gusta divertirse? A su madre sí le gusta divertirse...

—Señora...

—Ante todo, llámeme Rea. ¿Me lo promete?

Me cogió la mano y, después, tras acariciarla, la colocó sobre su pierna. ¡Era demasiado! De no ser por la profundidad del sofá, habría salido huyendo. Pero, de haberlo hecho, habría tenido la certeza de actuar con debilidad y de cometer un error al escaparme de ella...

Rea olvidó la ya escasa afectación de su voz.

—Sí, es cierto —dijo—, me gusta la jerga, pero jamás, oye, jamás me he arrepentido de nada, por muy de buena familia que sea... Sepa, Pierre, que las mujeres jerguistas no tienen por qué asustarle. Su madre, por ejemplo, es mejor que nosotros...

—¿Mejor? —interrumpió mi madre.

Abandonada la máscara de la risa, había vuelto bruscamente a ser lo que era.

—¿A quién conocéis que sea peor que yo?  
Quiero que Pierre lo sepa...

—Querida, le estás haciendo daño, ¿por qué?

—Rea, quiero que deje de una vez de ser necio. ¡Pierre, más champán!

Cogí la botella y llené los vasos, alarmado por el estado en que se ponía mi madre. Era alta, frágil, y, de pronto, tuve la sensación de que ya no podría aguantar más. Sus ojos brillaban de odio, y sus rasgos se confundían.

—Quiero que lo sepas de una vez por todas.

Atrajo a Rea hacia ella y, sin vacilar, la besó convulsivamente.

Volvió la cabeza hacia mí.

—¡Me siento feliz! —gritó—. Quiero que lo sepas: soy la peor de las madres...

Su rostro era todo una mueca.

—Elena —gimió Rea—, estás horrible...

Me levanté.

—Pierre, escúchame —me dijo mi madre (había recobrado su serenidad; su lenguaje era alocado, pero era grave, y sus frases se sucedían con tranquilidad)—. No te he pedido que vinieras hoy por eso. Pero ya no



puedo aguantar más. Quiero ver desprecio en tus ojos, desprecio y miedo. Me alegro al fin de haberte visto: tampoco tú podías aguantar más. Ya ves cómo olvido a tu padre. Aprende de mí, que nada te acercará más a la maldad como ser feliz.

Estaba borracho, pero comprendí que mi madre, que ya lo estaba cuando entré, ya no se sostenía.

—Mantá —le dije—, déjame retirarme.

—Jamás hubiera pensado —dijo mi madre sin verme— que mi propio hijo me fallaría el día en que se enterara de la mala conducta de su madre.

Con una soltura que, de pronto, me tranquilizó y me hizo reaccionar, dijo aún:

—Quédate. Te quiero con todo mi corazón ahora que te he dado el derecho de mirarme a los ojos.

Su sonrisa había pasado a ser la sonrisa desdichada, como involuntaria, que ahora tanto conocía: esa sonrisa parecía engullir su labio inferior.

—¡Elena! —gritó Rea, visiblemente desilusionada.

Se levantó.

—Querida, ¿no quieres cenar con él? ¿Te gustaría acostarte ahora mismo con él?

—¡Elena! —dijo Rea—. Me voy. Adiós, Pierre, espero verte pronto.

Rea me besó amablemente en la boca. Hacía como si se marchara. Yo estaba atónito. Y borracho.

También mi madre se levantó. Vi que miraba a Rea como si quisiera arrojarla sobre ella y pegarla.

—¡Ven aquí! —dijo.

Cogiéndola de la mano, arrastró a Rea hasta la habitación contigua. No podía verlas, pero los salones comunicaban; si el champán no me hubiese adormilado, habría podido oír su cuchicheo.

Mi madre, cuando me desperté, me miraba con un vaso en la mano.

Rea también me miraba.

—Nos brillan los ojos —dijo mi madre.

Rea se reía y vi cómo brillaban sus ojos.

—Vamos, nos espera el cochero —dijo mi madre.

—Pero, antes —dijo Rea—, desarruguemos esa triste figura.

—Vaciamos la botella —dijo mi madre—. Coge tu vaso y sirve de beber.

—Con los vasos en la mano —dijo Rea—, bebamos.

Una ola de buen humor nos arrastraba. De pronto, besé a Rea en la boca.

Nos despeñamos por la escalera. Decidí beber y vivir así.

Toda la vida.

Ibamos apiñados en el coche. Mi madre rodeaba con el brazo la cintura de Rea, y ésta le mordisqueaba el hombro. Rea, quien había cogido mi mano, la colocaba lo más alto posible sobre la desnudez de su pierna. Yo miraba a mi madre: parecía radiante.

—Pierre —dijo—, olvídame, perdóname, soy feliz.

Aún tenía miedo. Pensé que, esta vez, disimularía.

En el restaurante, mi madre alzó su vaso y habló:

—Ves, Pierre, estoy borracha. Así es todos los días. Díselo, Rea.

—¡Sí, Pierre! —respondió Rea—. Así es todos los días. Nos gusta vivir la vida. A tu madre no le gustan los hombres, no mucho.

Pero a mí me gustan por las dos. Tu madre es adorable.

Rea, deslumbrada, miraba a mi madre. Las dos estaban muy serias.

Mi madre me hablaba con ternura:

—Me alegro de dejar de parecerte desgraciada. Tengo caprichos inconfesables y me siento muy feliz de poder revelártelos.

Sus ojos ya no vagaban en el vacío.

—Sé lo que quiero —siguió con malicia, pero la sonrisa, apenas esbozada, se esfumó por entre sus labios espesos que se movían como si les faltara aliento—, sé lo que quiero —repitió.

—Mamá —dije extraviado—, quiero saber qué quieres. Quiero saberlo y quiero amarlo.

Rea nos miraba, observaba a mi madre. Pero mi madre y yo estábamos, en medio de aquellas mesas ruidosas, en la soledad de un desierto.

—¿Lo que quiero? —me dijo mi madre—. Aunque deba morir por ello, quiero ceder a *todos* mis deseos.

—Mamá, ¿hasta los más locos?

—Sí, hijo mío, hasta los más locos.

Ella sonrió, o mejor dicho, la risa le tor-

ció los labios. Como si, al reírse, debiera comerme.

—¡Pierre! —dijo Rea—, he bebido demasiado, pero tu madre está tan loca que temo la muerte al verla. No debería decírtelo: tengo miedo. Deberías pensarlo. He bebido demasiado, pero ¿podemos vivir? Sabes, Pierre, estoy enamorada de tu madre. Pero tú la estás destrozando. No la dejas reírse a gusto, y tu madre no puede vivir sin reír.

—Pero, Rea —dije—, mi madre me mira riéndose. Mamá, ¿qué puedo hacer? Quisiera... Hemos bebido demasiado.

De pronto, mi madre se recobró:

—Rea y tú, habéis bebido demasiado. Pierre, recuerdo los tiempos en que tú dormías y yo ponía la mano en tu frente. Temblabas de fiebre: mi desgracia ha sido la de jamás encontrar en mis excesos la felicidad de temblar que tú me diste. Pierre, Rea no me ha entendido. Y quizá tú te hagas el sordo. Pero me has visto reír: mientras reía, pensaba en el momento en que creí que te habías muerto. ¿Pierre? ¡Ah, qué más da! Voy a llorar. ¡No me pidas nada!

Vi que habría estallado en sollozos de no contenerse con un esfuerzo sobrehumano.

—Rea —dijo—, tienes razón. Ahora, por favor, ¡hazme reír!

Rea se inclinó hacia mí. Me hizo una propuesta tan obscena que, en el atropello de reacciones que nos afectaba a los tres, no pude contener la risa.

—Repíttemelo —me dijo mi madre.

—Acércate un poco —le dijo Rea—, voy a repetírtelo.

Mi madre se inclinó hacia Rea. La misma risa pueril nos estimuló en modo tan excesivo, la propuesta obscena era de una incongruencia tan loca, que nuestros vientres se agitaron, doblados en dos, en medio de los demás comensales, quienes nos miraron presa de la misma hilaridad; pero, al no entender nada, nos dirigían una mirada soez.

Algunos se resistían; pese a nuestros terribles esfuerzos, nos habíamos desencadenado, estábamos enloquecidos, y nuestras risas aumentaron en la medida en que procurábamos contenernos: todos en el restaurante se pusieron a reír, aunque ignoraran el motivo, de tal manera que sufrían y se sentían furiosos. Esa risa insensata, a la larga, se atenuaba, pero, en el silencio, de pronto estallaba la carcajada largamente contenida de

una jovencita, y la sala volvía a ser presa de la risa. Poco a poco, los comensales furtivos, con la nariz hundida en el plato, emergían de su hechizo: no se atrevían a mirarse.

Cuando se marchó el último, yo reía todavía. Rea me dijo en voz baja:

—Piensa en mí, piensa en la pared...

—Sí —dijo mi madre—, ¡en la pared!

—Allí te clavaré —dijo Rea, con expresión solemne.

Y volvió a hacerme la propuesta en términos que, esta vez, ya no podían hacerme reír, sino por el contrario exasperar mi deseo.

—Soy tu perra —añadió ella—, estoy sucia y en calor. Si no estuviéramos en esta sala, estaría al instante en tus brazos, desnuda.

Mi madre, por su lado, me dijo sirviéndonos de beber:

—Te entrego a Rea, te entrego a Rea.

Bebí. Estábamos los tres congestionados.

—Voy a portarme mal —dijo Rea—. Dame la mano por debajo de la mesa. Mira.

Miraba a Rea: sólo su mano, debajo de la mesa, ocultaba lo que hacía.

Iba vaciando vaso tras vaso.

Rea me dijo:

—Si estuviéramos en un bosque, Pierre, me darías un revolcón.

—No puedo más —dije a Rea.

—Estoy loca —dijo Rea.

—Quiero beber más. Ya no tengo fuerzas. ¡Llévame!

Me saltaban las lágrimas, lentamente. Parecía extraviado.

Mi madre dijo:

—Estamos locas. Rea, hemos perdido la cabeza. Estamos borrachos los tres. Era demasiado hermoso. Por favor, Pierre, no llores. Volvamos.

—¡Sí, mamá! ¡Es demasiado! Es demasiado hermoso y demasiado horrible!

De pronto, el horror de aquellas miradas que empezábamos a atraer nos dejó helados.

Vi a mi madre muy serena, muy dueña de sí misma. Antes de poder atinar, me encontré en el coche. Me dormía. Rea y mi madre sabían ya que por tan poco aquel delirio no las abandonaría...

Pero, dócilmente (ya no veía nada), las dejé ponerme en la cama.



Mi madre me habló al día siguiente a la hora del almuerzo.

Iba vestida de negro, pero a la vez que su dominio me comunicaba un delirio contenido. Como de costumbre, me esperaba en la sala de estar, sentada en el sofá. Una vez a su lado, la besé, la tomé en mis brazos. Me sentía casi enfermo, y temblaba.

Permanecíamos inmóviles. Por fin, rompí el silencio.

—Me siento feliz —le dije—, pero sé muy bien que mi felicidad no puede durar.

—¿Te sientes feliz por lo de ayer? —me preguntó mi madre.

—Sí, te adoro así, pero...

—Pero, ¿qué?

—Habrá que cambiarlo todo...

—Sí, claro...

Me abrazó con más fuerza. Fue muy tierno. Sin embargo, le dije:

—Lo sientes tan bien como yo: nos hemos abrazado, pero la felicidad que esto me produce me resulta tan penosa como un veneno.

—Vamos a comer —dijo mi madre.

Nos sentamos, y el orden que reinaba en

el comedor y en la mesa servida, me alivió. El cubo de hielo contenía una botella, una sola.

—Procura entenderme —siguió mi madre—. El placer empieza en el momento en que el gusano se anida en la fruta. Nuestra felicidad no puede ser deleitable si no se carga de veneno. Y todo lo demás es cuento. Perdóname si soy brusca contigo. Habrías podido aprender esas cosas con el tiempo. Nada es tan enternecedor ni conmovedor como un cuento de niños. Pero tú eras tan ingenuo, y yo soy tan corrompida que me vi obligada a elegir. Podía haber renunciado a ti, pero opté por hablarte... Creí que tendrías la fuerza de soportarme. Tu inteligencia es excepcional, y no puedes evitar comprender qué es tu madre: tienes pues pleno derecho de asustarte. Sin tu inteligencia, habría disimulado, como si hubiese sentido vergüenza. No me avergüenzo de mí. Anda, abre la botella... A sangre fría, la situación es sin duda soportable, y no eres más cobarde que yo... Vale más incluso tener sangre fría que la cabeza dando vueltas... Pero, llevados por el vino, sabemos mejor por qué lo peor es preferible...

Levantamos nuestros vasos, y miré el reloj de pared.

—La aguja —dije a mi madre— no deja un segundo de moverse. Es una lástima...

Yo sabía, sabíamos, que, en el equívoco en que vivíamos, nada había que no transcurriera rápidamente y rápidamente se sumiera en el tiempo.

Mi madre pidió más champán.

—Sólo una botella —me dijo.

—Sí, quizás, una botella. Aún así...

Terminado el almuerzo, volvimos a encontrarnos abrazados en el sofá.

—Bebo por tus amores con Rea —dijo mi madre.

—Rea me da miedo —contesté.

—Sin ella —oí que me decía mi madre—, estaríamos perdidos. Le debo a ella el portarme ahora tan bien: ¡es tan loca! Te toca a ti hoy encontrar serenidad en sus brazos. Son las dos; a las siete volveré. Cenaremos los tres, pero pasarás la noche con Rea.

—¿Te vas?

—Sí, me voy. Lo sé. Te gustaría poder detener la aguja. ¿Es que no lo ves? Me pones sobre ascuas, y yo no puedo hacerte feliz. Si me quedara, me divertiría haciéndote

sufrir. Quiero que me conozcas bien. Soy motivo de desgracia para todos aquellos que me aman. Por eso encuentro satisfacción en las mujeres de las que no puedo servirme con indiferencia. No me disgusta hacer sufrir, pero es un placer agotador. Para ti...

—Mamá, tú sabes que me haces sufrir...

Se rió, pero esa risa equívoca recordaba la de la noche anterior, en el restaurante, cuando me habló de la muerte; era una risa al borde de las lágrimas...

—Me voy —dijo ella.

Pero me ahogaba de besos en las mejillas.

—Rápido, hasta la muerte —añadió—. Sabes que tu madre está chiflada.

Lloré.

Pensé rápidamente en el único remedio a mi sufrimiento.

Se trataba de incrementarlo, de ceder a él.

Respiraba el soplo de Rea. Pensaba en la obscenidad, en las voluptuosidades en las que se sumía Rea. Las fotografías me ilustraban. Rea había deslizado en mi oído palabras que me ahogaban, que me congestionaban y que, esta vez, ya no podían impedir que quedara reducido al doloroso calambre de los órga-

nos. Rea me había guiado, había guiado mi mano hacia la penetrable humedad y, cuando me besó, había introducido en mi boca su enorme lengua. Rea, cuyos ojos había visto brillar, Rea a quien aún podía oír reír a carcajadas de la ebriedad y del inconfesable placer que mi madre le había dado. Imaginaba la vida de aquella hermosa joven semejante a la estática fornicación, sin aliento ni descanso, de las chicas de las fotografías. Pero Rea era la más hermosa y, para mí, encarnaba esos interminables tropellos del goce en el que había decidido sumergirme. Me repetía en plena chochez: «el trasero de Rea», que, en un lenguaje callejero, ella había ofrecido a mi joven virilidad. Aquella parte de Rea, que yo deseaba ver y de la que, por incitación suya, tenía intención de abusar, iba tomando forma: lo que ella me ofrecía era la entrada al templo de la risa loca y, a la vez, el emblema, o el discurso fúnebre, de la fosa aséptica. Yo no reía con esa risa: sí, sin duda era una risa loca, pero apagada, taciturna, socarrona, la risa de un infeliz. Ese lugar de su cuerpo que Rea me proponía, con ese cómico mal olor que nos devuelve sin cesar a la vergüenza, me co-

municaba una felicidad más valiosa que todas las demás, la vergonzante felicidad que nadie desea. Pero Rea, la desvergonzada, estaba encantada de ofrecerlo, al igual que yo sentía una avidez feroz por probarlo. La bendecía por el risible regalo que me daría cuando, en lugar de la frente pura de mi madre, ella me ofreciera lo que era pura demencia ofrecer a mis besos. Había llegado al colmo del delirio y febrilmente murmuré:

—Quiero de ti el innumerable placer que me ofreces, *nombrándolo*.

En aquel instante, me serví de las palabras que la boca de Rea había pronunciado, las articulé y me deleité con la infamia.

Tenía conciencia, una vez que hube pronunciado las palabras —me había puesto rojo—, que Rea le proponía lo mismo a mi madre; y que, a su vez, mi madre lo hacía. Me sentía estrangulado, por decirlo así, por todo lo que mi pensamiento me sugería, pero mi ahogo incrementaba mi placer. Tenía la sensación de reír eufóricamente y, a la vez, de agonizar, de estar a punto de morirme del espasmo que me estremecía y me llenaba de voluptuosidad. Y, como había realmente articulado la propuesta obscena de Rea, en mi

abatimiento invoqué la muerte en voz alta. Sabía que, si seguía vivo, volvería sin demora a aquel vómito, ya que los aspectos más inconfesables de nuestros placeres nos atan sólidamente. Podía pues, soezmente, decidir confesarme, renunciar al acuerdo que acababa de sellar con mi madre. ¿Podía de antemano dudar de que la idea de Dios es insulsa comparada con la de la perdición? Únicamente el innombrable beso que me habían propuesto (y que, según suponía, gustaba a mi madre) era digno de mi temblor. Únicamente ese beso era trágico: tenía el sospechoso sabor y el espantoso destello del relámpago. Sabía que mi confesión sería tramposa y que nada ya me impediría entregarme al deseo que sentía, que había sentido la noche anterior, de mi ignominia. Gracias a ese sabor, o a la muerte, sabía ahora que no tenía el valor de decirme que prefería la muerte, que pertenecía a la muerte, que la llamaba al abrirme al deseo de lo horrible, del beso risible.

Camino de la iglesia donde, en mi delirio, había decidido dirigirme al primero que encontrara, medía mi irresolución. Ignoraba incluso si no volvería allí mismo a casa y,

al regresar mi madre, le pediría que fuéramos inmediatamente a casa de Rea. No había nada en mí que no se desintegrara. ¿Podía dudar de la caída que me esperaba? Y, ante el temor de irritar a mi madre, no pensaba más que en precipitarlo. En el confesionario, me apresuré a acusarme, sabiendo que al acto olvidaría, que daría la espalda al remordimiento que decía al sacerdote que sentía, y que, de hecho, no sentía. En cuanto tuve que acusarme de todo cuanto mi madre era cómplice, me crispé, me detuve. No pensaba más que en irme y terminé, por cobardía, en el punto en que el desafío al sacrilegio se confundía con la voluntad de no traicionar a mi madre. Me invadió la ebriedad de la tentación y, en el vértigo de mi angustia, gocé de la desnudez de Rea. Ni un instante me interrumpió la idea de un Dios, o más bien, si la busqué, fue en el delirio y en el deleite de la tentación. No buscaba más que el terror del mal, la sensación de destruir en mí el fundamento del reposo. Me sentí libre de la sospecha que alimentaba de haber invocado la paz y el sosiego, de haber tenido miedo. ¿Acaso había confesado el inconfesable papel de mi madre?



Me encontraba en estado de pecado mortal, y me alegraba. Pronto volvería a ver a mi madre, y mi corazón se sobresaltaba en mi cuerpo, exultaba de alegría. Pensaba en la vergüenza en la que mi madre se compadecía; pensaba en la angustia —era incluso sin duda una angustia loca—, pero sabía ahora que mi goce brotaría de la angustia. Ningún equívoco mancillaba el respeto que sentía por mi madre. Sin embargo, ese goce proveniente de la angustia me producía un nudo en la garganta ante la idea de sus besos llenos de ternura. ¿Podía dudar ahora de la tierna complicidad de mi madre? Había llegado al colmo de una felicidad de la que gozaba tanto más intensamente cuanto que temblaba. Mi madre, pensé, me precedió en el vicio. Porque, de todos los vicios, éste es el más deseable y el más inaccesible de los bienes. Esos pensamientos fermentaban como el alcohol, hervían en mi cabeza feliz, y el exceso de felicidad me desvariaba. Tenía la sensación de poseer el mundo y exclamé:

—¡Mi felicidad ya no tiene límite! ¿Sería feliz si no me pareciera a mi madre, si, como ella, no estuviera seguro de embriagarme, de emborracharme de infamia?

Mi firme deseo me embriagaba ya. No creo que, de haber bebido aquel día, habría añadido mayor ebriedad a mi felicidad. Entré en casa riendo. Mi madre pareció sorprendida, en particular cuando le dije que volvía de la iglesia. Acabé diciendo:

—Sabes lo que me propuso Rea. Mamá, mírame reír: decidí, en mis oraciones, hacer lo que propone Rea.

—Pero, Pierre, ¡jamás antes habías sido tan grosero! Bésame, abrázame fuerte.

—¡Mamá, qué complicidad!

—¡Sí, Pierre querido, qué complicidad! ¡Bebamos para celebrarlo!

Balbuocé:

—¡Mamá, mamá!

La besé.

—El champán está servido —dijo ella—. No recuerdo haber estado antes tan alegre. Preparémonos. ¡Bebamos! El coche ha ido a buscar a Rea. Ahora beberé contigo, pero, cuando oiga el coche de vuelta, iré a ponerme mi mejor vestido. ¡Sonrójate! Cenaremos luego en un comedor privado. Quisiera divertirme, reír con vosotros, como si tuviera tu edad. Pero os dejaré solos después de la cena.

—¡Te adoro, mamá! Pero, por más que...

—¿Por más que qué?

—Por más que me esfuerce, me entristece que te vayas...

—Pero ya lo ves, ya no tengo tu edad... A tu edad, Pierre, yo rompía mi ropa en las zarzas, vivía en los bosques. Vuelvo a llenar los vasos.

—Contigo viviría en los bosques. Bebamos.

—No, Pierre, yo corría sola por los bosques. Estaba loca. Y la verdad es que hoy estoy tan loca como entonces. Montaba a caballo en los bosques, a pelo, desnuda. Pierre, escúchame, yo lanzaba el caballo a galope por los bosques... Fue cuando me acosté con tu padre. No tenía tu edad: tenía trece años, y estaba rabiosa. Tu padre me encontró en los bosques. Estaba desnuda, y él creía que mi caballo y yo éramos animales de bosque...

—¡Y entonces nací yo!

De pronto, mi madre se puso a llorar, sollozaba. La tomé en mis brazos.

—¡Hijo mío —decía—, mi hijo de los bosques! Bésame, vienes de las hojas de los bosques, de la humedad de la que gozaba, pero no quería a tu padre, era mala. Cuando me encontró desnuda, me violó, pero arañé su

rostro hasta la sangre: quería arrancarle los ojos. No pude.

—¡Mamá! —grité.

—Tu padre me había acechado. Creo que me quería. Entonces, yo vivía sola con mis tías, esas estúpidas viejas que quizás aún recuerdes...

Asentí con la cabeza.

—Las muy tontas hacían todo lo que yo quería, y nos las ingeniamos para que nacieras en Suiza. Pero, a nuestro regreso, tuve que casarme con tu padre. Tenía tu edad, Pierre, veinte años. Hice a tu padre horriblemente infeliz. Jamás, desde el primer día, dejé que se acercara a mí. Se puso a beber: era comprensible. «Nadie», me decía, «sospecha la pesadilla en que vivo. ¡Ojalá te hubiese dejado arrancarme los ojos!» Me deseaba como una bestia, y yo tenía dieciséis, veinte... Lo rehuía, iba por los bosques. Me iba a caballo, y jamás, como yo desconfiaba, logró alcanzarme. En los bosques, siempre viví en la angustia, pero le temía a él. Siempre encontré placer en la angustia, pero, hasta su muerte, estaba cada vez más enferma.

—Mamá, tiemblo como una hoja, y ahora me da miedo Rea...

—Rea aún tardará en llegar. No puede ser puntual. No sabía que te hablaría hoy... Aun así, en seguida te hablé. ¿Podía haberte hablado antes? ¿Y podía oírte hablar de la grosería de tu padre? Pierre, ¡soy innoble! Lo digo sin llanto: tu padre era tan tierno, tan profundamente desgraciado.

—Lo odio —dije.

—Pero lo he degradado yo —dijo mi madre.

—¡Te violó, y yo soy el horror nacido de ello! Cuando has dicho: «Le arañé el rostro hasta la sangre», me he sentido desgraciado, ¡pero le habría arañado el rostro contigo, mamá!

—¡Pierre! No eres su hijo, sino el fruto de la angustia que yo sentía en los bosques. Provienes del terror que sentía cuando iba desnuda por los bosques, desnuda como los animales, y gozaba temblando. Pierre, gozaba durante horas, repantingada en la podredumbre de las hojas: naciste de ese goce. Jamás me rebajaré contigo, pero debías saber; Pierre, si quieres, odia a tu padre; pero de no ser yo, ¿qué madre habría podido hablar de la inhumana rabia de la que provengo? Aún no era más que una niña, y ya es-

taba segura de ser tanto más libidinosa cuanto que el deseo quemaba en mí sin límite concebible, monstruosamente. Creciste, y yo temblé por ti, sabes cuánto temblé.

Trastornado, lloré. Lloraba por el miedo que mi madre había sentido por mi vida. Poco me importaba si esas lágrimas iban cargándose de profundo y apesadumbrado dolor, si me desbordaban; esas lágrimas alcanzaban el límite último de todas las cosas, el límite de toda vida.

—Lloras —me dijo mi madre— sin saber por qué, pero sigue llorando...

—Mamá —le dije—, son lágrimas de felicidad, creo... Ya no sé...

—No sabes nada. Déjame hablarte. Esfuérzate por escucharme. Prefiero hablar que llorar a mi vez. Me gustaría que, cuando entrara Rea, no la recibieras con el pañuelo, sino con un vaso en la mano. No te he hablado de la vida que tu padre y yo tuvimos en esta casa, muy distinta a la que tú imaginabas. No sé si me gustan realmente las mujeres. Creo que jamás he amado más que en los bosques. No me gustaban los bosques, no me gustaba nada. No me gustaba a mí misma, pero amaba desmesuradamente. No he

querido a nadie más que a ti, pero lo que quiero en ti, no me interpretes mal, no eres tú. Creo que no quiero sino el amor, e incluso en el amor, sino la angustia de amar, y sólo la sentí en los bosques, o el día en que la muerte... Pero con una mujer guapa, me divierto sin tormentos, precisamente sin angustia: me apaciguo. No te revelaría nada nuevo, imagino, diciéndote que sólo una orgía desordenada me produce un placer apreciable. Antes ya, mientras tu padre no recibía de mí la más mínima satisfacción, tuve líos con chicas, y se me ocurrió que podía compartirlas con el infeliz de tu padre: eso respondía bien a la aversión que siento por las situaciones regulares. Esa es la infamia: lo introducía en mi cuarto y le pedía que participara. ¿No lo entiendes? Yo volvía muchas veces con dos chicas, una hacía el amor con tu padre mientras la otra lo hacía conmigo. A veces, las chicas traían a hombres y yo los aprovechaba. A veces, hasta el coche-ro... Cada noche traía los personajes de una nueva orgía, luego pegué a tu padre, lo pegaba delante de los demás. Jamás me cansaba de humillarlo, lo vestía de mujer, o de payaso, y cenábamos. Yo vivía como un ani-

mal y, si se trataba de tu padre, mi crueldad no tenía límite. Perdía la cabeza. Pierre, pronto sabrás qué es la pasión ociosa: es una condena; al principio, las delicias de un prostíbulo, la mentira crapulosa, luego el largo encenegamiento y la muerte.

—¡Mamá, es demasiado!

—¡Bebamos! Pero sobre todo no olvides, no soy libre: he pactado con la demencia, y esta noche te toca a ti, te ha llegado la hora de pactar tú también.

Mi madre reía. Reía con esa risa canalla que me daba náuseas, me helaba.

—No quiero —le dije—. No te dejaré. Me hablabas con suavidad y, de pronto, eres como una extraña, como si me desearas algo malo.

—¡Te torturas!

—Sí, tengo miedo. ¡Háblame de tu vida en los bosques!

—No, mi vida no es más que basura. Tienes razón, tu padre me ha vencido.

—¡Jamás! —grité—. ¡Mírate! ¡Mírame! Ves, soy el hijo de la fiesta de los bosques.

—¿El hijo libidinoso? —preguntó ella.

—Bien lo sabes, ¡el hijo libidinoso!



Miré a mi madre. La tomé en mis brazos. Volvía lentamente a esa tormentosa serenidad que era la calma del deseo, el brotar de su deseo exasperado. Veía en sus ojos esa tranquila felicidad y sabía que no iba en contra de su angustia, sino que la suavizaba, la volvía deleitable. Sabía que el tormento que la destruía era inmenso, pero mayor aún era la audacia que la arrebatava por encima de todo imaginable temor. Ella creía en el frágil encantamiento que acallaba insidiosamente el sufrimiento profundo. Nos animaba ya a los dos la jovialidad que nos devolvía a ese mundo del placer en el que, en las zarzas y en la rabia, mi madre joven había encontrado su camino divino. En aquel momento, mi ironía, el ligero movimiento de mi ironía, me daba fuerzas para desafiar lo que antes me aniquilaba y que ahora me daba ese voluptuoso temblor, ante el cual jamás dejaría de sonreír.

En la serenidad del silencio y en la felicidad que era para nosotros mismos ininteligible, yo miraba a mi madre. Mi felicidad me sorprendía tanto más cuanto que el deseo me llevaba menos al desenfreno que a la contemplación de un vicio perfecto que, cual

una droga, pero con cruel lucidez, me abrió al vértigo de la posibilidad infinita. En otras palabras, me turbaba menos Rea, quien podía darme un sosiego tangible, que mi madre, de quien, sin embargo, no podía esperar sino el éxtasis inmaterial de la vergüenza. Rea me atraía sin duda, pero en ella deseaba menos las facilidades del placer que el objeto asociado a los desórdenes de mi madre, y amaba en mi madre la posibilidad de un desaforado desorden al que no podía seguir para mí placer carnal alguno y que no habría podido trocar por una agradable satisfacción. Únicamente en los estados de borrachera o de solitario frenesí pude olvidar a mi madre para recordar únicamente a su amiga. Ya no dudaba ahora de mi error y me disponía, como si la noche anterior lo hubiese hecho, a tocar y a besar a Rea, a no ver en ella sino el acceso, mediante un rodeo, a lo que, en mi madre, era inaccesible para mí.

Tuve que alejarme un instante. Llegó Rea. Al volver al salón, entre risas y besos, serví de beber a todos. El champán desbordaba las copas.

—Pierre —gimió Rea—, aún no me has besado.

—Vuelvo en seguida —dijo mi madre—. Voy a ponerme mi mejor vestido.

No tardé en abrazar a Rea.

—Pierre —dijo Rea—, te prometí, ¿recuerdas?...

Me sonrojé.

—Tu misma madre me lo recordó. Nos reímos.

—Es un poco embarazoso para mí —dije.

Estaba Rea ante mí, desafiándome, riendo de ver mis labios manchados de *rouge*.

(Rea riendo de mis labios manchados, vinculada a la sorpresa de ver mi silueta reflejada en el espejo; Rea a quien no puedo separar de la imagen del sabor a *rouge*, que sigue siendo para mí el de la orgía; Rea tensa ante mí en el instante de decirme una obscenidad sin nombre, no ha dejado de asediarme: Rea me mira aún hoy de la misma manera, pero hoy su hermoso rostro —puedo también decir su rostro innoble— ya no aparece en la magia del champán que desborda. Ese rostro, para mí, no vuelve a sur-

gir hoy sino de la profundidad de los tiempos.

Sin duda, ocurre lo mismo con todos los rostros cuyo reflejo este relato me devuelve. Pero el recuerdo de Rea goza entre otros del privilegio de no estar vinculado sino a una aparición fugitiva y de prolongarse en la obsesión de un telón de fondo sobre el que se destaca su obscenidad. Esa tela de fondo es el Carmelo adonde el suicidio de mi madre, un año después, llevaría a Rea. Bienaventurada Rea, ante quien se abrió el refugio al que este relato no conduce, del que más bien desvía...

Este es, en efecto, mi único orgullo: hacer espesar la desgracia, la única desgracia, a quien, al leer este libro desdichado, se vuelve digno de invocar para sí el único bien digno de este nombre, el único que no puede engañarlo...

Rea no pudo llegar hasta el final de ese risible sacrificio: pudo al menos ahorrar a ese don que ella hacía sin fin de su cuerpo, de la intimidad y de la risibilidad de su alegría, el acostumbrado paso a la operación limitada.)

El terror implícito en las líneas que preceden me permite pasar por encima la escena que la ausencia de mi madre hizo posible. Si hubiese descrito todos sus graciosos aspectos, al hacerlo, habría revelado todo el horror de lo que estaba en juego —y que más tarde reveló la entrada de Rea en el Carmelo.

Rea no podía por sí sola permitir que se adivinara el terror que la habitaba. ¿La habitaba realmente? Sin duda al igual que a los niños que juegan al borde de un precipicio y que de él sólo tienen conciencia que, al caer, únicamente una frágil zarza puede impedir la espantosa caída. No por ello, deja un niño de desafiar el abismo.

Cuando se levantó de una posición incómoda, Rea se reía.

Pero, ¿podía yo olvidar los ojos desvariados, esos ojos que miraban desde el otro mundo, desde el fondo de su obscenidad?

Pero Rea se reía, reía, esta vez con ternura.

—Me has hecho perder la cabeza —dijo.  
Le contesté en un soplo:

—Yo también la he perdido.

—Llamaré a tu madre —dijo ella.

De puntillas, entró mi madre.

Entró por una puerta que yo desconocía.

Cuando sentí que me cubría los ojos con sus manos, que se abandonaba a una risa loca que, en su irresistible exaltación, le era sin embargo ajena (como la máscara negra que se había puesto el día antes del suicidio), y que susurraba en mi oído «¡cucú!», imaginé que nadie había reencontrado con tanta perversidad el feliz desorden de la infancia. Mi madre estaba, en su maravilloso vestido, ultrajantemente bella. El escote le dejaba la espalda en el límite de la indecencia. Tomándola en mis brazos, mi turbación prolongaba la que la indecencia, esa sí ilimitada, de su amiga me había comunicado. Habría querido morir de un extravío, al que hoy pienso que nada puede parecerse.

Rea, sonrosada de felicidad, servía de beber.

Me dijo en voz baja, apretándome contra su hombro:

—¡Angelito mío! Soy tu mujer. ¡Bebamos con tu madre a nuestra felicidad!

Mi madre levantó su vaso:

—¡A nuestros amores! —dijo ella.

De pronto, recobraba el tono canalla que me helaba.

Rea y yo le devolvimos el brindis. Teníamos prisa por beber, por caer en la loca ebriedad, única en estar a la altura de la fiebre de nuestros espíritus.

—¡Mamá! —le dije—, vamos a cenar. He bebido ya, pero quiero beber más aún. ¿Habrás madre más maravillosa, más divina?

Llevaba un inmenso sombrero negro que un inmenso penacho envolvía con un candor de nieve; el sombrero descansaba sobre un impalpable edificio de cabello rubio; su vestido era color carne; aunque alta, mi madre me parecía diminuta, frágil, toda hombros y miradas celestiales. En sus pretenciosos perifollos, era como un frágil pájaro en su rama, mejor dicho, como el frágil silbido del pájaro.

—¿Sabes, mamá, qué pierdes con tus atavíos?

—...

—Tú gravedad, mamá: ¡toda tu grave-

dad! Como si levantarás el peso de todo lo que de serio hay en el mundo. Ya no eres mi madre. Tienes trece años. Ya no eres mi madre: eres mi pajarito de los bosques. La cabeza me da vueltas, mamá. Demasiado aprisa ya. ¿No es cierto que es mejor perder la cabeza, mamá? La he perdido.

—Ahora —dijo mi madre—, te dejo Rea. Pierre, yo cenaré con otras amigas que me esperan en el mismo restaurante, pero cenaremos en otra sala, tan discreta como la vuestra.

Balbuocé:

—¿Otras amigas?

—Sí, Pierre, otras amigas que no dejarán que este sombrero permanezca por mucho tiempo en mi cabeza, ni este vestido.

—¡Ah, mamá! Por más que...

—Pero Elena —dijo Rea—, tú cenas con nosotros. Hansi no te espera hasta mucho más tarde.

—Tú dijiste, mamá, que debíamos reír juntos como niños. ¿No te has puesto acaso un vestido de risa? Quiero reír contigo para adorarte.

—Pero, si me quedo, ¿cómo os divertiréis? Es difícil esperar.



—Nos divertiremos debajo de la mesa —dijo Rea—, en broma. Y, cuando te vayas, nos divertiremos en serio.

—¿Y por qué no? —dijo mi madre—. La verdad es que hoy me siento con ánimos de reír. Pero, Pierre, podrías tener miedo. No olvides que hoy mi sombrero no anda muy seguro en mi cabeza y que soy más bien el animal de los bosques. Pero qué importa, me querrás como soy. ¿Qué crees tú que yo era en los bosques? Era desenfrenada. No llevaba vestidos de risa.

—Es cierto, tengo miedo, pero quiero tener miedo. Mamá, hazme temblar.

—Bebe —me dijo—. Y ahora, mírame.

Su mirada me rehuía. Se moría de risa. Se había vuelto escabrosa, y socarrona, no parecír sentir por mí más que odio, *con el labio inferior hundido*.

—¡Riamos! —exclamó Rea—. Ahora, hágámosle reír. Pierre, ya es hora de ser tontos. Bebamos siempre. Elena también acabará por reír. Hasta pronto, Elena... Pierre está tan serio.

—Es —dijo mi madre— el más tonto de los niños. Hagámosle reír.

—¡Es tan bueno ser tonto entre dos locas! —les dije—. ¡No temáis nada! Hacedme reír y dadme de beber.

Rea volvió a cubrirme de *rouge* y me hizo cosquillas tan insidiosas que yo temblaba como un loco.

—Bajemos —dijo mi madre—, el coche nos espera.

Una vez en el coche, empezó el gran desorden. Estallaron las carcajadas. Rea se desencadenaba. Cuando salió, ya no llevaba la falda. Con los calzones muy abiertos entre las piernas, se precipitó escaleras arriba. Mi madre la siguió corriendo, con la falda de Rea colgada del brazo. Las seguí inmediatamente, con el absurdo sombrero de mi madre en la mano.

Corríamos, reíamos.

Un camarero nos dejó paso, saludó, abrió la puerta que mi madre, en cuanto hubimos entrado, cerró de golpe.

Mi madre, sin aliento, volcó a Rea y se arrojó sobre ella.

De pronto, se detuvo y se levantó.

—Pierre —dijo—, he bebido demasiado,

estoy loca. Deberías detenerme, pero ¡qué divertida y qué bonita está Rea en calzones! Pierre, de una cosa no cabe duda: será tu primera cena con una chica en calzones. ¡Qué triste para mí haberme convertido en aguafiestas! No podemos seguir así de locas... Ya se me ha ido la euforia. Ahora os dejo.

—No, mamá, cenarás con nosotros.

Gravemente, congestionado, miré a mi madre y la cogí de las manos. Me encontraba en el colmo del delirio. Discretamente, por debajo de la mesa, Rea me acariciaba. Mi madre también me miraba, como si las miradas se arañaran.

Muy bajo, murmuré:

—Quisiera no irme nunca.

Mi madre me miró mucho tiempo. Rea se apretaba entre nosotros en el sofá, los calzones desabrochados y la mano izquierda sumergida en el vestido rosa.

—Los vasos encima de la mesa están vacíos. Es una lástima —dijo mi madre.

—Voy a por la botella —dijo Rea.

Se levantó, pero, los calzones desabrocha-

dos se deslizaron por sus piernas. Mi madre sonrió, el labio hundido.

Le quité la botella de las manos. Con el trasero al aire, Rea se sentó y sus manos reemprendieron su discreta tarea.

—Elena —dijo Rea en voz baja—. aún no estoy en traje de salón privado. Deberías quitarme el corsé. Ya ves, estoy ocupada.

Rea no llevaba más que un falso corsé de encaje negro que dejaba al desnudo los pechos, y también los muslos.

«Si estuviéramos solos, saldría huyendo, Rea me daría miedo», pensé.

—Ya no tengo valor de dejaros —gimió mi madre.

—Comamos ahora —dijo Rea, retirando las manos—. Pero, antes, bebamos.

Mi madre y yo nos inclinamos a la vez por encima de Rea que bebía entre nosotros. Nuestro placer había sido tan grande que, en aquel momento, únicamente, nuestro silencio y la congestión de la cara lo traicionaban. Durante unos minutos, mi madre y yo nos dedicamos a Rea tan socarronamente como ella lo había hecho poco antes. Comimos: otra vez las miradas irritadas de mi madre y las mías se poseyeron. Finalmente,

tuvimos que interrumpir nuestro juego. Rea gimió:

—Champán, Pierre, dame champán, ya no tengo hambre. Me habéis puesto nerviosa. Quiero beber y ya no pararé hasta caerme al suelo. Sírveme, Pierre, quiero un vaso lleno, el mío, el tuyo, bebamos siempre, ya no bebo a tu salud sino a mi capricho: ya sabes qué espero de ti. Sabrás que amo el placer: lo amo perdidamente. Escúchame bien: lo amo perdidamente y lo amo hasta el punto de darme miedo. Tu madre...

—Se ha ido —le dije con un nudo en la garganta—. No la hemos oído. ¿Acaso nos molestaba? Me habría gustado tenerla aquí; pero ella no quería. Es curioso ese miedo que tenemos. ¡Si no tuviéramos miedo, nos iríamos al carajo!

—¡Oh! —dijo Rea—. Ella no reía.

Su respuesta, al igual que ella, me sacudió, de pronto. Me arrojé sobre ella y la besé con voluptuosidad de un perro.

—La había olvidado —le dije—. Estás desnuda.

—Estoy en pelota —dijo ella—. Seré tu primera chica, pero también seré la más marrana.

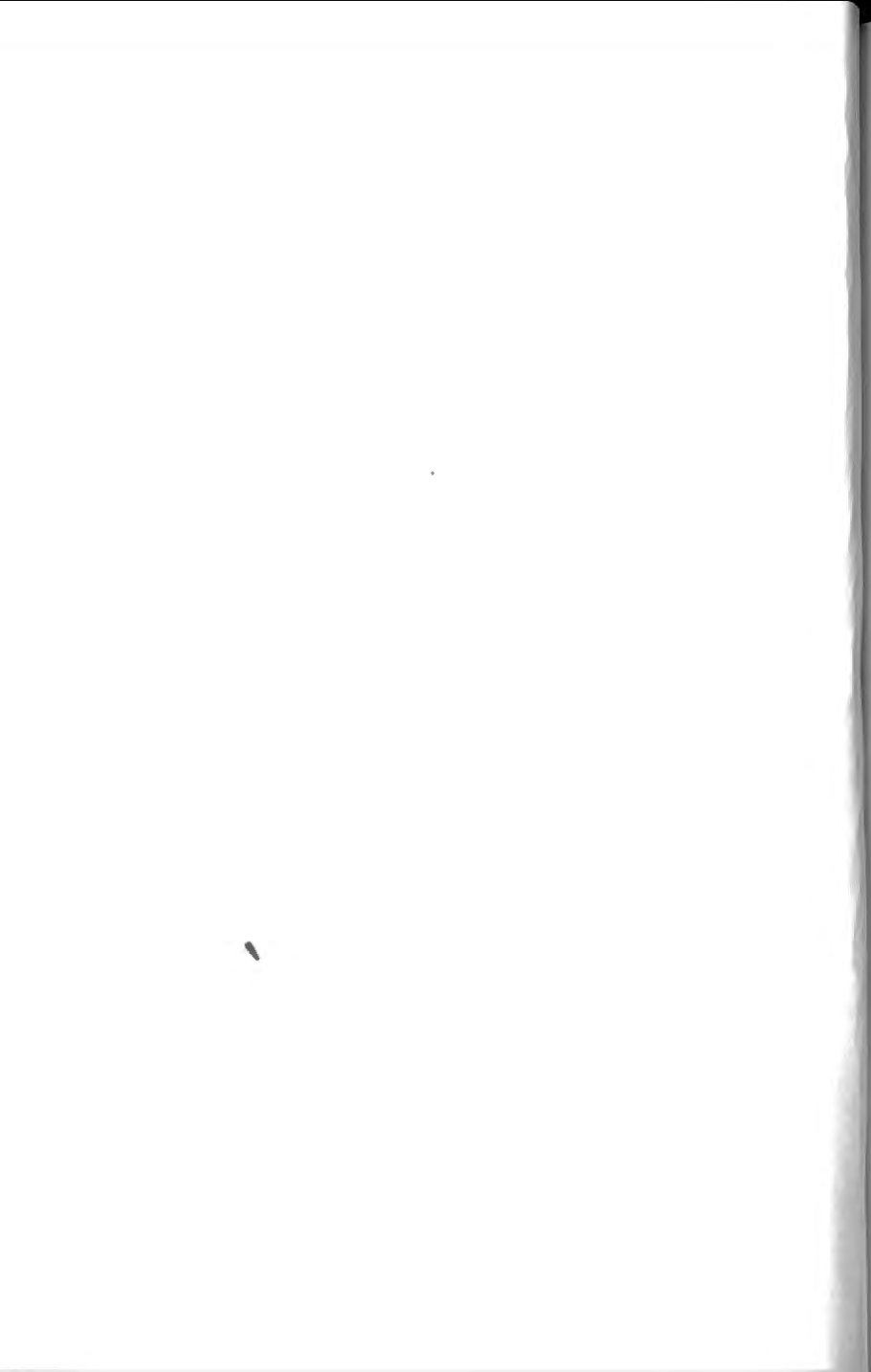
Mi lengua se movía siempre como la de un perro. Miré a Rea como había mirado a mi madre.

—Rea —le dije—, no sé si soy un marrano, pero estoy seguro de ser atroz.

. . . . .

Había hecho el amor con Rea, pero en realidad había volcado mi rabia en ella. Mi madre me había dejado, habría querido llorar, y aquellos sobresaltos en nuestros embates eran sollozos que me ahogaban.

Ese destello que del cielo se desploma es el de la muerte. Mi cabeza da vueltas en el cielo. Las vueltas que da la cabeza jamás han sido mejores que en la propia muerte.





En la violenta pasión que mi madre me inspiraba, jamás imaginé, ni un instante, que pudiera, incluso en los momentos de mayor extravío, convertirse en mi amante. ¿Qué sentido habría tenido este amor si hubiera perdido una pizca del desmesurado respeto que sentía por ella —y que, es cierto, me desesperaba? Llegué a desear que me pegara. Me horrorizaba este deseo, aunque, a veces, se volvía lancinante, era consciente de mi trampa, de mi cobardía. Jamás hubo nada posible entre ella y yo. Si mi madre lo hubiera deseado, habría amado el dolor que

me habría causado, pero no habría podido humillarme ante ella: ¿envilecerme ante ella habría sido respetarla? Para gozar de este adorable dolor habría tenido que pegarla yo también.

Recuerdo el día en que Hansi me refirió un comentario que le había hecho mi madre (Hansi fue la única mujer con la que supe vivir mucho tiempo —en la más completa felicidad). Mi madre había querido, en vano, descarriarla. Cuando nos separamos, ella se casó con un hombre notable, a quien conocí más tarde y que supo darle una vida feliz y equilibrada: con él tuvo un hijo a quien siempre vi con alegría. Tras nuestra ruptura, Hansi no dejó, aunque pocas veces, de acostarse conmigo; ya no me quería de la misma manera, le habría gustado curarme, y, en efecto, me apaciguaba devolviéndome siempre a la noche silenciosa de una sensualidad sin desorden y, no obstante, sin medida. Mi madre le decía que el mal no era el de hacer lo que ella le pedía, sino de querer sobrevivir a él: mi madre quería arrastrarla a una orgía tan imperdonable a la que sólo la muerte habría puesto fin. Aunque conociera el carácter insensato de mi madre, Han-

si no veía en él más que fría ironía. No porque dudara, muy al contrario, de los peligros de un placer loco, sino porque pensaba que, para mi madre, no había placeres culpables; mi madre se limitaba, pensaba ella, a reconocer la imposibilidad de llegar hasta el final del deseo que, si no se acomoda a la razón, conduce a la muerte. Lo cierto es que la crueldad de Hansi, que podía ser delirante, constituía un motivo más que suficiente para afirmarla en su razonamiento. No obstante, mi madre debió hablarle sin ironía. Hansi es muy sutil y muy inteligente. Sin embargo, debió presentir muy vagamente lo que disimulaba la aparente serenidad o, empleando las mismas palabras de Hansi, la chocarrera majestad de mi madre. Aun vagamente, lo presintió bien: mi madre le aterraba, mi madre para quien Hansi fue muy importante. Más que ninguna otra, con excepción de Charlotte, su prima, a quien conocí mucho más tarde. Pero Charlotte, al igual que mi madre, pertenecía al mundo en que la voluptuosidad y la muerte tienen la misma dignidad —e indignidad—, la misma violencia, y no obstante la misma dulzura.

Lo más oscuro de mis amores con mi madre radica en el equívoco que introdujeron en ellos unos cuantos episodios arriesgados debidos al libertinaje que fue toda la vida de mi madre y que poco a poco se apoderó de toda la mía. Lo cierto es que, en dos ocasiones al menos, dejamos que el delirio nos atara aún más profundamente, y de un modo aún más indefendible, que lo que habría podido hacerlo la unión carnal. Éramos mi madre y yo muy conscientes de ello, y hasta en el esfuerzo inhumano que de mutuo acuerdo tuvimos que hacer para evitar lo peor, asumimos riendo el desvío que nos permitió ir más lejos y alcanzar lo inaccesible. Pero no habríamos soportado hacer lo que acostumbran hacer los amantes. Jamás la satisfacción de nuestros apetitos nos separó el uno del otro como lo hace la beatitud del sueño. Al igual que entre Tristán e Isolda pendía la espada con la que pusieron fin a la voluptuosidad de sus amores, el cuerpo desnudo y las manos ágiles de Rea fueron hasta el final la señal de un respeto asustado que, al separarnos en la ebriedad, otorgó a la pasión que nos consumía el carácter de un acto imposible. ¿Cómo esperar más tiem-

po para narrar el desenlace? El día en que mi madre comprendió que debía al fin ceder, abandonar al sudor de las sábanas lo que me había llevado hacia ella y lo que la había llevado hacia mí, dejó de dudar: se mató. ¿Puedo decir que este amor fue incestuoso? ¿La loca sensualidad en la que nos deslizábamos no era acaso impersonal y semejante a aquélla, tan violenta, en la que mi madre vivía desnuda en los bosques, cuando mi padre la violó? Podía satisfacer con indiferencia en los brazos de otra el deseo que con frecuencia me embargó ante mi madre. Ella y yo alcanzábamos con gran facilidad el estado de la mujer y del hombre que desean, y rabiábamos en este estado, pero yo no deseaba a mi madre, ni ella me deseaba a mí. Era como yo sé que era en los bosques; la cogía de las manos y sabía que era para mí como una ménade, que estaba loca, en el sentido propio de la palabra, y compartía su delirio. Si hubiésemos traducido aquel temblor de nuestra demencia a la miseria de un acoplamiento, nuestros ojos habrían abandonado su juego cruel: habría dejado de ver a mi madre delirando al mirarme, mi madre habría dejado de verme delirar mirándola.

Para los ojos avisados de un posible goloso, habríamos perdido la pureza de nuestro imposible.

¿Estaba yo en realidad enamorado de mi madre? *Adoré* a mi madre, no la amé. Para ella, en cambio, yo era el niño de los bosques, el fruto de una inaudita voluptuosidad: ella había nutrido ese fruto en su devoción infantil, que se manifestaba en la loca ternura, angustiada y alegre, que me brindaba en escasas ocasiones, pero que me deslumbraba. Yo había nacido del deslumbramiento de aquellos juegos infantiles, y creo que ella jamás amó a hombre alguno, y a mí jamás me amó en el sentido en que Hansi me amó, pero no tuvo en su vida más que un violento deseo, el de deslumbrarme y perderme en el escándalo en el que ella quería perderse: en cuanto me hubo desvendado los ojos, se volvió burlona, rabiosa, su ternura se tornó ávida voluntad de corromperme, de no amar en mí sino la corrupción en la que me sumergía. Pero sin duda ella creía que la corrupción, al ser lo mejor de ella misma a la vez que una posibilidad de des-

lumbramiento hacia el que me conducía, era la plena realización que merecía mi venida al mundo, y la que ella quería. Siempre amó al fruto de sus entrañas, nada más lejos de su pensamiento que ver en mí a un hombre al que hubiera podido amar. Jamás hombre alguno ocupó su espíritu, jamás hombre alguno penetró, para saciarla, en el desierto en el que ella se consumía, en el que habría querido que la silenciosa belleza de los seres, anónima e indiferente, se destruyera sucesivamente con ella. ¿Habría cabido la ternura en ese reino libidinoso? Los tiernos son barridos de ese reino, al que incita la palabra del evangelio: *violenti rapiunt illud*. Mi madre me destinaba a esa violencia, sobre la que ella reinaba. Había en ella, y en mí, un amor semejante al que, según algunos místicos, Dios reserva a la criatura, un amor que convoca la violencia, que jamás deja lugar al descanso.

Esta pasión está en las antípodas del amor que sentí por Hansi y que ella sintió por mí. Viví durante mucho tiempo esa experiencia, antes de que mi madre nos echara de nues-

tro reino de ternura. Temblaba de perder a Hansi, la buscaba como el sediento la fuente de vida. Hansi era la única: en su ausencia, ninguna otra habría podido consolarme. Cuando mi madre volvió de Egipto, no me alegré de su regreso: pensaba, y no me equivocaba, que mi madre destruiría al acto mi felicidad. Puedo decir que maté a mi padre; y quizás mi madre haya muerto por haber cedido a la ternura del beso en la boca que le di. En cuanto lo hube dado, ese beso me rebeló, y hasta hoy me irrita. La muerte que se dio mi madre aquel mismo día me pareció tan claramente el resultado de aquel beso que ni lloré (aunque el dolor sin lágrimas sea quizás aún más duro). Apenas me atrevo a decir lo que pienso: el amor que nos ató a mi madre y a mí era del otro mundo. Quisiera ser ajusticiado (¡me digo al menos que quisiera serlo!): por supuesto, me fallarían las fuerzas, no obstante quisiera reír de mi tormento. No deseo volver a ver a mi madre, ni tan sólo provocar la aparición insidiosa de su inasible imagen —ésa que, de pronto, provoca un gemido. Sigue ocupando el lugar que este libro determina. Las más de las veces, me parece que adoro a mi madre.



¿Habré dejado de adorarla? Sí: lo que adoro es Dios. ¿Estaré loco? Sé únicamente que, si riera ante el tormento, por falaz que la idea pueda parecer, respondería a la pregunta que me hacía mirando a mi madre y que mi madre se hacía mirándome. ¿De qué reír, en este mundo, sino de Dios? Mis ideas son sin duda del otro mundo (o del fin del mundo: pienso a veces que sólo la muerte puede poner fin a la repugnante orgía, sobre todo a la más repugnante, que es el conjunto de todas las vidas; lo cierto es que, de hecho, gota a gota, nuestro vasto universo no deja de realizar mi deseo).

Cuando la camarera me llamó para el almuerzo, me anunció que, aquella misma mañana, la Señora se había marchado de París. Me entregó la carta que mi madre me había dejado.

Me había despertado enfermo.

En el desorden de mis nervios, la náusea se apoderó de mi espíritu. Sentí, en mi malestar, la dureza de la carta de mi madre.

«Hemos ido demasiado lejos», decía ella, «tan lejos que ahora ya no puedo hablarte como una madre. Debo, no obstante, hablarte como si nada pudiese alejarnos el uno del otro, como si no debiera molestarte. Eres demasiado joven, estás aún demasiado cerca de la edad en que aún decías tus oraciones... ¿Qué puedo hacerle? Me indigno conmigo misma, por lo que he hecho. Pero estoy acostumbrada, ¿cómo podría sorprenderme de verme superada por mi locura? Necesito un valor, que debes sentir, para dirigirme a ti como lo hago, como si tuviéramos, como si debiéramos tener la fuerza de aguantar. Quizás adivines en estas palabras mías, por tristes que sean, que me esfuerzo por lograr de ti lo que ellas lograrían si, en un mundo inconcebible, nos uniera una pura amistad, que no concerniera más que nuestros excesos. Todo eso me parece simple palabrería. Todo eso me rebela, pero la impotencia y la rebelión no cambian lo que soy.

Renuncio a verte durante mucho tiempo, meses, quizás hasta años. Me parece que a este precio, y separada ya de ti por el largo viaje que he emprendido, puedo decirte en esta carta lo que, si te hablara de palabra,

sería intolerable. Soy, toda yo, tal como me has visto. Cuando te hablé la primera vez, me habría muerto antes de ser a tus ojos, ante ti, lo que me gusta ser. Amo los placeres que has visto. Los amo hasta tal punto que dejarías de contar para mí si yo no supiera que tú también los amas tan desesperadamente como yo. Es demasiado poco decir que los amo. Me ahogaría si dejara un instante de vivir sin dejar plena constancia de la verdad que me habita. El placer es toda mi vida. Jamás he elegido y sé que no soy nada sin el placer en mí, que todo lo que en mi vida es espera no sería. Tan sólo podría ser el universo sin luz, el tallo sin la flor, el ser sin la vida. Lo que digo es pretencioso, pero es sobre todo insulso comparado con la turbación que me habita, que me ciega hasta el punto de que, perdida en ella, ya no veo, ya no sé nada. Al escribirte, comprendo la impotencia de las palabras, pero sé que a la larga, pese a su importancia, llegarán a ti. Cuando lo haga, adivinarás lo que no deja de extraviarme: extraviarme con los ojos en blanco. Lo que algunos insensatos dicen de Dios no es nada comparado con el aullido que tan loca verdad me obliga a emitir.

Ahora, todo lo que en el mundo está atado nos separa, Ya no podríamos encontrarnos sin desorden y, en el desorden, ya no debemos encontrarnos. Lo que te ata a mí y lo que me ata a ti está ya atado hasta lo intolerable, y estamos separados por la profundidad de lo que nos ata. ¿Qué puedo hacerle? Chocarte, destruirte. Sin embargo, no me resigno a callar. Te destrozaré, pero hablaré. Porque te extraje de mi corazón, y, si la luz llega a mí un día, será por haberte confesado el delirio en el que te concebí. Pero, ¿cómo podría distinguir a mi corazón y a ti mismo de mi placer, de tu placer, de lo que, como ella pudo hacerlo, Rea nos ha dado? Sigo hablando: sé que es eso, pues es un hecho, lo que debería obligarme al silencio. Pero, si hablo de mi corazón, de ese corazón infantil del que te extraje, del que extraigo para siempre ese vínculo de sangre que me obliga a sufrir y gemir a tu lado, que te hace sufrir y gemir a mi lado, no es porque se trata únicamente de sufrir y gemir, sino porque en mi corazón anida el alegre delirio que nos trasportaba cuando, tu mano en la mía, nos mirábamos. Pues nuestro suplicio era precisamente el placer que bullía en

nosotros — placer que Rea colocaba muy bajo, tan bajo como podía. Rea no me acarició realmente: junto a ella, me retorció y deliraba ante ti como, en tu ausencia, me retorcí y deliré cuando te concebí. Ya no puedo callar, y, pese a mí, lo que gime, lo que delira aún en mí me hace hablar. No habría podido volver a verte. Lo que hemos hecho no podemos volver a hacerlo y, no obstante, a tu lado, no pensaría en otra cosa que en hacerlo. Y, al escribirte, sé que no puedo hablarte, pero nada podría impedirme hablar. Abandono París, me voy todo lo lejos posible, pero en todas partes me entregaré al mismo delirio, lejos de ti como a tu lado, ya que el placer en mí no espera a nadie, emana sólo de mí, del desequilibrio que hay en mí y que me tortura incesantemente. Ya lo ves, no se trata de ti, prescindo de ti y quiero alejarte de mí; pero, si de ti se tratara, quisiera estar en ese delirio, quisiera que lo vieras, quisiera que te destruyera. Al escribirte, entré en ese delirio: todo mi ser está crispado en sí mismo, mi sufrimiento aúlla en mí, me arranca fuera de mí del mismo modo que supe, al ponerte al mundo, arrancarte de mí. En esa torsión, en su im-

prudencia, no puedo más que lanzar un grito que más que de amor es de odio. Me retuerzo de angustia, y me retuerzo de voluptuosidad. Pero no es amor, no siento más que rabia. Mi rabia te trajo al mundo, esa rabia a la que había impuesto el silencio, pero cuyo grito comprendí ayer, al mirarte, que tú oías. No te quiero, me quedo sola, pero tú oyes ese grito perdido, no dejarás de oírlo, él no dejará de herirte, y yo, hasta la muerte, viviré en el mismo estado. Viviré a la espera de ese otro mundo en el que me encuentre en el paroxismo del placer. Pertenezco por entero a ese otro mundo, y tú también le perteneces. No quiero saber nada de ese mundo rastrillado por aquellos cuya paciencia les permite esperar que la muerte los ilumine. Yo vivo en el soplo de la muerte, dejaré de existir para ti en el instante en que olvides que el soplo del placer es para ti. Me refiero al placer equívoco. Te hablé de los bosques y del ultraje a las costumbres que buscaba en ellos. Nada era más puro, nada era tan divino, tan violento como mi voluptuosidad de los bosques. Pero siempre hay una iniciación a todo: sin ella, no habría recibido ese placer y no habría podido derrocar en los

bosques este mundo para encontrar otro en ellos. Lo que impulsaba a desnudarse a la chiquilla en la orilla de los bosques fueron sus lecturas en el desván de Ingerville. Te dejo lo que queda de aquel desván. Encontrarás en mi cuarto, en el cajón del tocador, un libro titulado *Maisons closes, pantalons ouverts*\*: pese a su pobreza, que va más allá del título, este libro te dará una idea del ahogo que me liberó. Si supieras cómo respiré el aire de los bosques cuando vi, por el suelo, ante ti, las fotografías de tu padre. ¡En el mismo polvo! Habría besado tu rostro polvoriento. ¡El polvo del desván! Yo sabía, yo misma, en qué estado... El único estado que he querido para mí, que siempre invocaré y que he querido para ti; el único estado por el que, el día en que la rabia se apoderó de mí, al quererla para ti, me agoté de sed: ese estado del que nadie en público puede evitar desviar la mirada de vergüenza. Soñaba entonces con que vieras mis ojos vidriosos, infeliz sedienta de la caída y de la desesperación que pronto te invadiría. Estoy

\* Literalmente: «casas cerradas (prostíbulos), braguetas abiertas». (N. del T.)

segura de que jamás... y me negaría... Pero quise que entraras en mi reino que no es sólo el de los bosques, sino también el del desván. Te hice en mi vientre un don de fiebre y, al empujarte hasta la orilla en la que juntos estamos encenagados, te hago otro don de mi fiebre. Me enorgullezco contigo de volver la espalda a todos los demás, ¿no lo sientes? Pero te estrangularía si, socarrona —groseramente—, te adhirieras a los demás y si rechazaras el reino de mi desván.

»Me voy con Rea. Te dejo solo con Hansi, a quien no conoces. No he podido corromper a Hansi, por mucho empeño que haya puesto en ello; es, quizás, una señorita —¿una falsa señorita?—, pero en realidad tan poco que te la dejo en la cama. ¿Quién sabe quién te esperará mañana? Pero, ante Hansi, ya no dudarás de las diosas que reían alrededor de tu cuna. De momento, esas diosas son también las de mi desván...»

Como he dicho, cuando leí esta carta, sentía náuseas: no me percataba con claridad ni del giro que tomaban mis relaciones con mi madre, ni de la situación en la que me dejaba una cita con una mujer que ella había



seducido. Me parecía vano esperar evitar un malestar irrespirable, que quizás era maravilloso. Me sentía aliviado por la partida de mi madre, y, en la niebla en la que estaba perdido, me pareció que aquella carta era precisamente lo que esperaba: me sumía en una espantosa desgracia, pero me brindaba la fuerza de amar.

Mi madre había concertado la cita con Hansi en una casa similar a la que habíamos cenado con Rea. Anteayer noche, ella me había dejado para encontrarse con Hansi en el piso superior: mi madre (o Hansi) quiso sin duda evitar el angustioso recuerdo de la primera noche. Entretanto, yo había vivido a la espera. Una espera insoportable, es cierto, pero la espera permite una prórroga. Transcurrí ese tiempo releendo diez veces la carta de mi madre. Esta carta me embriagaba, tuve hasta la sensación de que debía beber para comprenderla mejor, para mejor unir la ebriedad al mundo angustioso que me abría. Entré puntual en el salón de la cita: no habría podido ni sentarme, ni cerrar la puerta, no habría huido por nada en el

mundo, pero los espejos, las molduras doradas y las arañas de cristal colgadas del techo me aterraban. Un camarero me enseñó el timbre y las comodidades que un mueble de palisandro simulaba. En medio del caluroso vaho, Hansi acababa de entrar, y, en voz baja, el anciano de largas patillas, que le abría otra vez el mueble, le decía: «Este joven de buen aspecto le pedirá que usted lo utilice delante de él» y, con la mano oblicua ocultando la boca: «¡Es espantoso!». Tenía la sensación de encontrarme en una carnicería en pleno verano, cuando el olor de la carne es tan fuerte. Todo allí me producía un nudo en la garganta. Recuerdo la posdata de la carta de mi madre: «Hasta Hansi está asustada de encontrarse con un joven desconocido en una casa de tan mala fama. Está más asustada que tú. A pesar de todo, puede más su curiosidad. No le gusta la prudencia. Pero ahora el último deseo de tu madre es que la mires como si el salón en el que te encontrarás con ella fuera un palacio de cuento de hadas».

De pie, mi imagen febril, reflejada hasta el infinito en los espejos que forraban las paredes y el techo, me convencía aún más a

mí mismo de que estaba dormido y soñaba de que una deslumbrante pesadilla me disolvía. Estaba tan absorto por aquel malestar que no oí entrar a Hansi. La vi por un espejo: sonreía a mi lado, pero parecía temblar ligeramente, a pesar suyo. Sin girarme, yo también temblaba y sonreía. Le dije:

—No la había oído entrar...

Ella no contestó. Seguía sonriendo. Gozaba del tiempo en suspenso, en el que nada, bajo aquellas luces desdobladas, habría podido definirse.

Miré detenidamente el reflejo de aquel personaje de ensueño.

—Quizá —dije— vaya usted a desaparecer, así, tan simplemente como ha llegado...

—¿Me invita —dijo ella— a sentarme a su mesa?

Yo reía, nos sentamos y nos miramos mucho tiempo. Nos divertimos, ella y yo, hasta la angustia. Yo balbuceé:

—¿Cómo no sentirme intimidado?

—Yo también —dijo ella, y a partir de aquel instante, aquella voz me cautivó—, yo también soy tímida, pero ser tímido es un juego de niños. Si le intimido, ¡a Dios gracias! Usted parece alegrarse de ello: como

puede ver, yo también siento este malestar, pero me alegro de sentirlo. ¿Qué pensará de una chica que se cita con usted (y sus ojos dieron la vuelta al salón) aquí... sin conocerle?... No —dijo sin dejarme el tiempo de responder— no me conteste. Su madre me habló de usted, pero de mí usted no sabe nada.

El anciano de largas patillas, a quien había llamado, llenó los vasos y empezó a servirnos con lentitud.

El malestar que su presencia y su actitud envarada nos producía aportaba algo placentero a aquella casa de lujosas juergas: nos sentíamos unidos, pero ante todo animados; por una complicidad que no teníamos, que aquel hombre nos brindaba, y cuya idea misma de que nos la brindara resultaba cómica e inmensamente agradable a la vez.

Por fin, el anciano se retiró.

—Creo —me dijo Hansi— que, si fuera capaz de llorar, todo esto resultaría menos sofocante. Soy incapaz de hacerlo y, sin embargo, estaría más de acuerdo con la situación.

—¿Quiere que salgamos? —pregunté—. Podríamos pasear un poco.

—No —contestó ella—, pues sospecho que, después de todo, este malestar le parece tan delicioso como a mí. Lo que aceptaba al entrar, toda mujer lo acepta al casarse. ¿Puedo decirle qué hizo decidirme a aceptar la propuesta de su madre? Sabrá por ella que no soy una aventurera —o, al menos, que no poseo su temple: mi experiencia no está a la altura de la situación a la que no he temido acceder. Cuando supe que usted se sentiría tan molesto como yo, me sedujo tanto la idea que de antemano habría dado saltos de alegría. Pero no vaya a imaginarse que soy de lo que suele llamarse una chica honrada. Si lo fuera, ¿estaría maquillada y perfumada como lo estoy? Puedo, si quiere, expresar lo que nos pasa en el lenguaje más vulgar. Se lo digo porque sé que no me pedirá que lo haga y que tendrá conmigo tantas atenciones como con la más sosa de las chicas. Pero...

—Pero...

—Con una condición... que usted se sienta tan turbado, y que sepa que yo me siento tan turbada, como si estuviera acostumbrada

al placer. Le miro fijo a los ojos, pero, si me atreviera, los bajaría.

—Me sonrojé (pero mi risa desmentía mi rubor).

—¡Estupendo! Y me alegro de que, pese a todo, me haya hecho bajar la mirada.

La miraba, pero, aunque me había sonrojado y sentía ante ella aquel embrujo del que tanto tiempo supo rodearme, no podía retener en mí el movimiento de provocación que me impulsaba.

Un hombre enamorado, cuando la mujer está a punto de ceder, se parece, a partir del momento en que lo sabe, a la sirvienta que mira como a un tesoro la liebre que va a matar.

—Siento mucho —le dije— tener que matarla. ¿Acaso no debo sentirlo mucho?

—¿Lo siente realmente mucho?

—Sueño con no matarla.

—Pero si está riendo.

—Sueño con ser feliz, pese a todo.

—¿Y si estuviera enamorada de usted?

—¿Y si el embrujo bajo el que me encuentro no se disipara jamás?...

—Al venir, pensaba seducirle, divertirle y divertirme. Me sentía turbada, y aún lo es-

toy. Pero no sabía que la amaría. ¡Dése la vuelta!

Señalaba el sofá apoyado a la pared debajo de los espejos.

—Me asusta no ser realmente una señorita y no ver alzarse ante mí el patíbulo. No obstante, le deseo. Ya estuve en esta sala, mejor dicho, en otra similar. Me gustaría no haber hecho nunca nada. Quisiera no tener grabadas en la memoria tantas imágenes, pero, si no amara el amor, ¿estaría yo aquí? Le suplico únicamente que no me tome ahora. Sufro por no tenerle en mis brazos. Sin embargo, deseo también que sufra usted tanto como yo. No quisiera, no podría ni besarle. Dígame que sufre y que se consume. Quisiera turbarme con mi sufrimiento —y con el suyo. No importa que sepa que soy toda suya. Ya lo era antes, puesto que he venido. Y ahora lo soy en el temblor que ve en mí.

Hablaba retorciéndose las manos, riendo un poco, pero, en aquel temblor, a punto de llorar. El silencio que siguió a su confesión duró mucho tiempo, pero ya no reíamos, comíamos. Un observador oculto habría podido adivinar odio en la mirada fija y vidriosa de nuestros ojos.

Tristemente, Hansi volvió a hablarme: su voz seguía cautivándome como si, de pronto, mientras la escuchaba, surgiera en mí una llama luminosa de la brasa incandescente.

—¿Por qué no me arrojó en sus brazos? No me lo pregunte, pero, por favor, dígame si me está maldiciendo.

—No la maldigo —le dije—. ¡Míreme! Estoy seguro de que está gozando de nuestro malestar. Y, además, usted bien sabe que este malestar no podía causarme mayor placer. ¿Acaso no nos sentimos más estrechamente unidos de lo que podríamos estarlo... en el patíbulo?

—¡Conque lo sabe! El malestar me entrega a usted. Repítalo: ¿usted siente lo que yo siento!

—No imagino mayor felicidad.

Ella tenía mi mano en la suya, y su mano se retorció: vi que una inasible convulsión se apoderaba de ella. La sonrisa que la relajaba tenía el regusto de ironía propio del placer.

El tiempo transcurría, se deslizaba entre nuestras manos.

—Me ha tranquilizado —dijo ella—. Ahora



dejará que me vaya. Quisiera dormirme y despertarme: estaríamos desnudos, y usted en mí. No me beses, no podría dejarte.

—¿Y por qué dejarnos?

—No me preguntes nada: en casa, quiero dormir. Dormiré doce horas. Haré lo necesario para que así sea. Cuando me despierte, sabré que estás por llegar: tendré justo el tiempo para desvelarme.

Su mirada se nublaba insensiblemente.

Como si, en su simplicidad, fuera a dormirse ante mí.

—¿Te apetecería dormir conmigo? —me preguntó.

No contesté.

—¡Es imposible, ya lo sabes! Me acompañarás a casa. Te esperaré mañana. Iremos a almorzar. Ya no me dejarás nunca más.

En el coche, cruzamos apenas dos palabras. No olvidé el trotre del caballo, el chasquido del látigo, la inmensa animación de las avenidas que habitaban el maravilloso silencio. Por un instante, a hurtadillas, Hansi esbozó una sonrisa, como si se burlara de mí.

Bajamos, y me quedé solo. Quise caminar. El estado físico en que me había dejado la felicidad de Hansi me desconcertaba. Me agarraba un dolor en la ingle. Un calambre me obligó en seguida a caminar cojeando. Pensé en el malestar debajo de las luces demasiado fuertes del restaurante. Me parecía que la conversación en la que habíamos delirado a placer había sido como el torpe ritual de un desnudamiento y que hasta habíamos llegado al éxtasis de la liberación, cuya imagen suele ser el impudor final. Detuve otro coche para volver a casa. Con el vientre retorcido, sufría, me volvía grotesco; sin embargo, mi excitación era insostenible. Me encerré en ese penoso goce y en un doloroso eretismo. No controlaba las imágenes turbias que se sucedían, en un estado de ensoñación en el que no habría podido decir si me sentía feliz o, por el contrario, muy desdichado, y al que escapé por fin vaciándome gracias a un monstruoso exceso de polución.

Me desperté tarde, ojeroso. Tenía que precipitarme sin más demora a casa de Hansi. En mi ansia febril, apenas tuve el tiempo

de volver a decirme que la amaba perdidamente. Sufría aún físicamente, pero, una vez atenuado el dolor, admití la certeza de mi felicidad.

En el apartamento en que entré tuve que esperar en un hondo sillón en el que una sirvienta muy atractiva me invitó a tomar asiento. Me invadió una profunda angustia. De pronto, se hacía la luz de la verdad. Dispuse del tiempo suficiente para reflexionar: «Ayer», pensé, «no podía saber nada de Hansi. Hoy, debo caer en la evidencia: la joven a quien amaba, a quien sin duda amo aún y a quien no dejaré de amar, comercia con el amor... Este lujoso decorado, la incitante jovencita que abre la puerta (demasiado provocativa; había sonreído para decirme: 'La señora siente mucho hacerle esperar y me ha rogado que le dijera que quizás tarde un poco en venir')... Y la noche anterior, ¿qué significaba aquella prisa por dejarme? ¿O el descaro con el que mi madre había dispuesto de ella para mí — como si se tratara de una chica cuyo cuerpo está siempre disponible?... Lo peor era el engañoso pretexto que había alegado para no entregarse a mí la primera noche. Le preguntaré inmediata-

mente con quién acababa de engañarme». Me sentía tan desgraciado que estuve a punto de irme, pero, en cuanto lo pensé, comprendí mi impotencia. No me iría. Me secaba el sudor de la frente: no podía más. Se me ocurrió releer la carta de mi madre. Hasta eso me era imposible, debía sumirme en la miseria de la que la más absurda y la más injustificada de las pasiones acababa de abrirme las puertas. No podía más que seguir reflexionando sobre el objeto de aquella pasión: «¿Podía quejarme de haber sido traicionado? Ni eso, porque habría tenido que admitir que ella me pertenecía. Tampoco podía acusarla. No tenía la más mínima prueba. Si Hansi, tal como lo creía, no era más que una furcia de lujo, pronto me encontraría perdido en sus incontables mentiras, que, por otra parte, aceptaría tanto más cuanto que ya tan sólo la idea de perderla me helaba». Los pensamientos se agolpaban en mi cabeza. De pronto, el recuerdo de su conversación me hizo recapacitar: si había querido engañarme, no habría recurrido a lo que me había dicho. Yo sufría, y la imagen, aún tan viva en mí de Hansi, me fascinaba. Recordé que, en el coche, ella me había mi-

rado furtivamente, sonriendo (creyó que no la había visto): estaba entonces tan bella que, al recordarlo, deseé que se burlara siempre de mí, que hiciera de mí lo que había leído en un libro pornográfico: un esclavo molido a palos, gozoso de ser golpeado, gozoso de su esclavitud.

Oí la llave de la puerta. Hansi entró, jadeante.

—Te he hecho esperar —dijo—. Mira, no he dormido.

Con el látigo en la mano, el cabello pelirrojo debajo de la chistera reluciente, Hansi, toda de negro, vestida de amazona, no estaba tan sólo fascinante: era la encarnación del embrujo que me irguió al instante.

¡Como si hubiera adivinado mis pensamientos! Burlona, traviesa, me cogió por las muñecas.

—Mi traje te sorprende. Me gusta y me gusta llevarlo. Sobre todo, no veas en él el uniforme de mis vicios. Soy voluptuosa y me muero por demostrártelo: pero (y señaló el látigo) no me gusta utilizarlo. ¿Te decepciono? El ruido es tan bonito...

Yo tenía la cara larga. De pronto, silbó el látigo. Sonriente, amenazante, con la firmeza de una domadora de fieras, avanzó hacia mí.

—¡A mis pies! —gritó ella—. Mira mis botas.

Abandonó su juego: se puso a reír y, levantándose el vestido, enseñó sus botas relucientes. Con zalamería, siguió:

—No eres nada dócil. ¡Qué lástima! Pero hay que decir que, mientras las lleve puestas, no te daré ocasión de besarlas: no sirven para nada. Dime ahora qué te apena. ¿Te arrepientes?

Hablaba sola; estaba endiablada. Volviendo a coger el látigo, hizo chasquear la tralla.

—¿Sabes qué me ha puesto en este estado? Al entrar, me dije: soy suya, él es mío. ¿Quieres que me lo quite todo? ¿Quieres que me quede con el sombrero puesto? ¿Las botas? Quisiera hacer sólo lo que tú quieras. ¿Quieres el látigo? ¿Quieres pegarme hasta morir? Hasta la muerte no sé si me gustaría. Me gustas sólo tú y ser un juguete en tus manos. Estás triste, ya lo veo, pero estoy loca de alegría, ya no podía aguantar la lentitud del coche, me aborrecía la idea de ha-

ber ido a los bosques al no poder conciliar el sueño. Jamás he sufrido por amor, jamás he amado, pero he delirado por el tiempo que te separaba de mí. ¿Por qué, ayer, te pedí que me dejaras?

—Sí, Hansi, sí, ¿por qué me pediste que te dejara?

—Pierre, quería saber. Estaba loca. Quería volver a estar loca. Quería estar sola. Pierre, ¿sabrías lo que es el día si no hubiera noche? Pero en la noche, Pierre, mientras esperaba el día, la espera se hizo espantosa.

Me había quedado taciturno. Estaba sordo a los gemidos de Hansi, y me sentía desgraciado por estar sordo, por no abrirle los brazos.

Creo que me comprendió. De pronto, exclamó:

—¡Olvidaba, Pierre, que no sabes nada de mí! Lo pensaba en la noche, mientras no podía dormir.

—No quiero saber nada...

—Si vendiera este cuerpo, si me hubiese entregado al mejor postor, ¿me querrías?

Contesté en un tono macabro, bajando la cabeza:

—Me da igual. Sabes que te querré pase lo que pase.

Seguía con la cabeza baja.

—¿Qué sé yo de ti? Ayer noche, temí que me hubieras mentido para dejarme.

—No te he mentido. Pero, ¿has pensado que una chica que acepta cenar en aquel lugar es una prostituta? ¿Lo has pensado?

—Lo he pensado. Lo aceptaría, pero perdería el placer de vivir. Pierdo con frecuencia el placer de vivir.

—Volverás a recobrarlo si me quieres. ¡Bésame!

La chistera cayó al suelo, y la felicidad me invadió.

No sé cuánto tiempo duró aquel voluptuoso aniquilamiento, pero Hansi me dijo:

—No tengo vicios, odio los vicios, pero haría morir a un hombre con la voluptuosidad que le doy. ¿Sabes por qué?

—...

—Porque muero de voluptuosidad.

Nuestras bocas volvieron a fundirse en aquel sentimiento de excesiva alegría. El ligero movimiento de la lengua alcanzó el desbordamiento, la superación de toda vida: la intensidad y la intimidad de una sensación



se abría al abismo en el que nada se pierde, al igual que la llaga profunda se abre a la muerte.

—Deberíamos comer —me dijo Hansi.

—Deberíamos comer —contesté yo.

Pero habíamos perdido el sentido de las palabras. Al mirarnos, acabó de turbarnos comprobar hasta qué punto nuestras miradas eran turbias: como si volviéramos del otro mundo. Con el deseo en carne viva, habíamos perdido la fuerza de sonreír.

—Quiero quitarme este traje —me dijo Hansi—. Vamos a mi cuarto. Iré a cambiarme en el cuarto de baño y tú podrás hablarme desde la habitación.

Hansi compartía mi ansia infantil.

—No sé quitarme las botas sola —se lamentó ella.

Tuvo que llamar a la sirvienta. Debía estar impaciente, porque la ceremonia de las botas fue corta.

Hansi volvió con un ligero *deshabillé* de encaje. Entre mis brazos, ya con la boca abierta, me dijo:

—Mi cuerpo está todo él ávido de entregarse a ti. ¿Lo sientes? No me vestiré por-

que, después del almuerzo, iremos a la cama... si quieres.

Comprendí que, en medio de aquella felicidad, debía sentirme desdichado. Hansi no ocultaba a la sirvienta que se entregaría al desconocido que yo era. Eso probaba la costumbre que tenía de hacerlo. Hansi vino al encuentro de mi curiosidad:

—Estoy tan enamorada, tan ansiosa, que apenas tuve tiempo de hablar contigo. Te he mentido ya. Me he dado cuenta.

—...

—No te pongas triste. Te lo he dicho, no eras mi primer amante. Pronto serás el tercero. Pero contigo me quedaré. No estuve con los dos primeros más de una noche. Sólo que...

—Sólo que...

—Pretendo no tener vicios, odiarlos. Pero miento, aunque, para mí, sólo de cierto modo. Quizá no sea un vicio. ¿Qué te parece la sirvienta? Es muy guapa, ¿no? Veo que te ruborizas. ¿Piensas ya engañarme? Te dije que yo era voluptuosa. ¿Quieres saber cómo vivo? Vivo independiente gracias a mi

fortuna, pero, si no tuviera a Lulú, puede que me hubiese entregado ya a cualquiera. No me gusta estar sola cuando cae la noche.

Emití un gemido.

—¿Ayer noche?

—Estás triste. ¿Tienes celos?

—No quisiera que me hayas mentido.

—Ayer noche, doblé la dosis, pero no me dormí. Esta mañana, para esquivar el deseo que sentía de ti, soñaba, tan loca estaba, de tirármela en tu lugar. Lo habría hecho y no me arrepentiría. Te lo habría dicho, y estoy segura de que me habrías perdonado. Pero decidí ir a pasear por el bosque y calmar galopando la excitación de la loca que yo era. Ahora, tengo tus brazos, tus labios y estoy casi desnuda. Quiero reír contigo. No seré viciosa, pero sí traviesa, y me encanta reír. Ahora mismo, estoy loca de impaciencia. Pero espero a que ya no puedas más. ¿Sabes qué me dijo en voz baja Lulú mientras estábamos en el cuarto de baño y ella me quitaba las botas? No sabes lo divertida que es.

—¿La llamas Lulú?

—Lulú, ves tú, es un nombre vidente. Toda yo soy vidente. Me gustaría que un día

vinieras al bosque y que Lulú y yo nos divirtiéramos delante de ti: es tan bella vestida de amazona.

—¿Quién, Lulú?

—Lulú es tan sirvienta como yo. Es una mujer que se divierte, y jamás nuestros juegos son inocentes.

—Hansi —le dije—, no sé por qué quisiera llorar.

Hansi no comprendió que aquellas lágrimas, que fluían sin duda a mis ojos, eran lágrimas de felicidad. Reconocía mi tontería y me maravillaba ver que la vida dispensa a porfía, junto a las delicias del amor, voluptuosidad y belleza.

—No, Pierre, no te haré llorar. Te quiero hasta el punto de llorar, de llorar de alegría. No dudes jamás de que nuestro amor sea feliz. Pero estoy a punto de quedarme desnuda ante ti. Tengo ya la sensación de estar desnuda y quiero hablar ante ti sin escatimar un pudor que ya es hora que desaparezca conmigo. Vivamos locamente: dentro de un instante, te pediré que me hagas tuya. Pero aún no sabes qué me decía Lulú en el cuarto de baño.

—Hansi, no, ahora no quiero saberlo.

—Perdóname, Pierre, estoy tan loca, loca por ti, ya no sé lo que digo. Deliro, y nunca nadie me ha puesto en el estado en que estoy. Si te hablo tan tontamente es porque el deseo de ti me enloquece. Soy despreciable pero soy así. No puedo más, estoy hecha una furia: ¡tómame!

No se quitó, sino más bien se arrancó los encajes que la cubrían: ella fue quien me tomó. Me ayudó ella misma a desnudarme. Nos encontramos desencadenados en la alfombra.

Permanecimos en cama varios días, absorbidos por aquel delirio, sin taparnos siquiera cuando Lulú nos traía los vinos, las aves o las carnes sobre los que nos abalanzábamos. Bebíamos mucho borgoña para recuperar nuestras fuerzas desfallecidas. Comentamos una noche que, a la larga, acabaríamos quizás alucinados, quizá locos; Hansi quería siempre más bebidas.

—Quiero saber qué piensa ella de todo esto —dijo Hansi.

—Lulú, ya no sabemos nada. Nos preguntamos qué nos pasa. ¿Hace cuántos días estamos en la cama? A lo mejor nos fundiremos.

Lulú contestó riendo:

—Hace cuatro días. Es cierto, la señora parece consumirse. Me atrevería a decir que lo mismo le ocurre al señor.

—Hasta tal punto —dijo Hansi— que ya no sé dónde estoy.

—Sin duda, a fuerza de soñar...

—Sin duda, ¡a fuerza de soñar!

Las dos mujeres se pusieron a reír.

—Bebamos juntos —dijo Hansi—. Pierre y yo beberemos en el mismo vaso.

—¿La señora me permite tutearla?

Hansi redobló su risa.

—Muy bien —dijo ella—, tuteémonos, si Pierre no tiene inconveniente.

—¿Te llamas Pierre? —me dijo Lulú.

—Vuelvo a la vida —dijo Hansi.

—Pierre —dijo Lulú—, no creas que somos viciosas. Tengo mis vicios: hacer de sirvienta es un poco raro. Hansi no. Pero es agradable deslizar sobre tablas enjabonadas.

—Parezco viciosa —me dijo Hansi—, me gusta incluso parecerlo, pero no siempre me empeño en ello.

—Yo también —dije— vuelvo a la vida.

No sabía por qué aquel lenguaje equívoco, que me irritaba, me gustaba.

—¿Tendrías —preguntó Hansi— la fuerza de soñar?

—Por supuesto —contesté—. Vuelvo a la vida, pero para soñar mejor.

—Debería dejarles soñar —dijo Lulú.

—Si quieres —dijo Hansi—, pero antes acaba la botella, abre la otra y bebamos una última copa. Soñaremos y luego volverás, te contaremos otros sueños.

Lulú bebió sin hablar con mucho entusiasmo.

Levantándose sin siquiera vernos, sin ver que, debajo de las sábanas, Hansi volvía socarronamente al juego, dijo:

—¡Qué dice, señora! Cuando la sirvienta está de humor para soñar, no siempre tiene ganas de soñar sola.

Este diálogo me desconcertó. Ya no entendía lo que mi amante esperaba de su amiga, ni su amiga de mi amante. Hansi me había apaciguado tan perfectamente, me había colmado hasta tal punto de placer... los malestares del primer día quedaban muy lejos. No

los deseaba, pero no me asustaban los deslices que evocaba aquel lenguaje y del que había sido para mí un ejemplo el desparpajo de Rea. La presencia de mi madre los había unido para mí a la angustia, pero la angustia no se opone a un placer al que puede hacer aún más agudo. Con lenta sagacidad, saqué el ardiente nerviosismo de Hansi: apreciaba el camino recorrido desde el día en que me había percatado por primera vez de lo que me ofrecía la voluptuosidad. En el extenso territorio donde, solitaria y socarronamente, me había introducido, vivía hoy sin temor ni remordimiento. Me servía ahora del horror religioso que, en un principio, había sentido y lo convertía en el secreto resorte de mi placer. La vida íntima del cuerpo es tan profunda: arranca de nosotros el grito terrible al lado del cual el impulso de la piedad no es sino cobarde balbuceo. Una vez superada la piedad, sólo queda el tedio. Sólo las dificultades, los problemas de la carne, sus fracasos, sus temores, los malentendidos que introducen las torpezas a que dan lugar, otorgan a la castidad su razón de ser. El placer genital es el lujo que la vejez, la fealdad y todas las formas de la miseria limitan.



En cuanto accedí a este lujo, vi en la ira que le oponen los sacerdotes el lamento de su irremediable impotencia (que trastorna el movimiento de la excitación). Lo que en mí vivía aún de una ardiente religiosidad se asociaba al éxtasis de una vida voluptuosa, se desprendía del inmenso residuo del sufrimiento. En poco tiempo, el rostro que el placer jamás transfiguraba dejó de parecer vivo, los entretenimientos disolutos me sedujeron, y aquel día, habría querido decir a Lulú que se quedara. La idea de hacer el amor delante de la joven me divertía, la actitud ambigua de Hansi me azoraba. No sentía celos de Hansi con Lulú, pero quería saber lo que quería.

Estas reflexiones no podían menguar el placer que sentía en los brazos de Hansi; al cuarto día volvía a encontrar la misma intensidad de torrencial delirio en el extravío. Ninguna mujer me dio de aquella manera el inagotable sentimiento de la felicidad que fluye y que jamás fluirá demasiado rápido. La herida es mortal sin duda, ¿qué importa? ¡Me entrego para siempre!... Al principio,

lamenté haber pensado en la desdichada vida de Lulú, quien no podía compartir aquella felicidad, infinita, que era mi amor, más secreto que el fondo de mi corazón y más lúcido que un asesinato.

Alcanzaba aquel grado de vida violenta, y Hansi lo alcanzaba conmigo, en el que habría podido decir a Lulú: «Estrangúlala», «lámele la lengua» sin discernir, en mi indiferencia, lo posible de lo imposible, lo deseable de lo risible. Si me partiera un rayo, ya no oiría la voz del grillo en mi conciencia. Vivía en el rayo y no alcanzaba sino con lentitud ese punto hueco en el que, al hablar con mi amiga, sentía el deseo de decir (entretanto, me había sumido en esa encalladura de la vida en que el deseo nos abandona):

—Hace poco, querías volver a decirme lo que había dicho Lulú, lo que te dijo en voz baja en el cuarto de baño.

Hansi me miró detenidamente sin entender. Luego, pareció salir de un sueño y me dijo:

—Sí, ya sé, tendría que haberme separado

de ella. De todos modos, quiero hablarte de ella y decirte lo que es para mí, lo que fue, quizás.

Me sonrió. Una vez más, el encanto de la sonrisa se convirtió en suavidad de los labios, la suavidad en avidez, luego en violencia...

Después, volvió la calma. Le dije:

—Creo que esta vez estoy agotado. Estoy muerto.

—Deberíamos comer —dijo ella—. Quizá sea hora ya de cenar.

—No le he dado cuerda al reloj...

—Voy a llamar a Lulú...

—¿Llamarla?... Así pues es tu sirvienta...  
¿No me habías dicho que...?

—Sí, Lulú es mi sirvienta, pero, dime... nada es tan simple...

Hansi fue presa de hilaridad.

—Quería —me dijo— cerrarte la boca. Ya no tengo fuerzas, vi doble. Voy a llamar a Lulú.

—Háblame antes de ella.

—Vale más que la llame antes.

—¿Me hablarás de ella?

—¿Por qué no?

—¡Piénsalo!

—Ya no tengo fuerzas.

—Háblame antes de Lulú.

—En el cuarto de baño, aún llevaba mis botas y mi látigo estaba encima de la silla. Lulú miraba la punta de las botas y me dijo: «Lástima que la señora esta mañana no tenga sus vicios». La llamaré, mejor que te hable, después de todo, delante de ella. Pero es más difícil, y estoy muerta. ¡Si supieras! Quiero hablar, he querido hacerlo todo contigo, quiero hablar. Ser canalla agota, y el agotamiento hace que me vuelva aún más canalla. Hablaré.

Lulú llamaba a la puerta.

—Entra Lulú. Bostezo. Esta noche me siento cínica. Ante todo, tenemos hambre, queríamos comer, comer y beber. Luego, le contarás todo a Pierre: que te gusta mi látigo, que no eres mi sirvienta, que llevamos la comedia demasiado lejos. Me duermo. Pierre, me he cansado ya de no soñar.

—La cena aún no está lista, y ella ya se duerme. La verdad es que Hansi no te ha dicho nada.

—Si he entendido bien, he tomado tu lugar, pero Hansi te azota y eso te gusta. ¿Y a ella también le gusta?

—En efecto, Pierre —me dijo Lulú—, has tomado mi lugar. Sólo de cierto modo, porque Hansi a mí no me ha querido nunca.

—¿Crees que me quiere?

—Pierre, he tenido la sensación de un cataclismo, ella entró en un delirio tan grande que no puedo por menos que alegrarme, aunque a mí me entristezca.

—Lulú —le dije—, eres muy guapa, me siento tonto ocupando tu lugar. Sueño con un mundo en que no hubiera celos. No obstante, creo que podría ser celoso de Hansi: no lo he estado de ti. No he pensado más que en sus demás amantes, a quienes tú debiste conocer, y me enloquecía comprobar que me recibía como a uno más, como si fuera lo más normal del mundo.

—No, Hansi es casi virgen, yo hasta creía que no quería a los hombres. Me equivocaba, ella quiere el amor. Quería gozar todas las noches. Sólo la otra noche... Le supliqué que me azotara: pegarme no era engañarte. Sigue durmiendo: dime, ¿te enfadarías si me pegara?

—No lo sé, estoy cansado, sufro y ya no sé qué pensar. No lo creo, pero, Lulú, ¿gozas cuando te pega?

—Sí, yo sí, pero Hansi no.

—No goza, pero se divierte.

—No, soy lamentable, y lo aguanto todo, eso no la divierte; ella es cruel, pero de pura indiferencia; no le da placer saber que yo sufro, y no obstante me desespera, y ella lo sabe. Me lo has dicho, Pierre, soy guapa: vivo a vuestro lado, como un animal. La quiero desde el colegio. Siempre le gustó gozar. Jugábamos juntas cuando niñas: ella era el ama y yo la sirvienta. Jamás dejó de ser una niña. Seguimos jugando, y yo vivo disfrazada. Hansi me ha dicho que seguramente no aceptarías que me quedara junto a ella.

—¡Pero, Lulú, eres tú la que no puedes aceptar!

—Acepta, Pierre, seré tu esclava, su esclava y la tuya también.

—Pero, Lulú, me asusta, no sé qué esperas a cambio de Hansi. Y de mí ¿no esperas nada?

—No espero nada de Hansi. Quisiera que no dejara de pegarme. Sé que se acabó. No espero nada de ti. Dame algo de beber...

Todo eso me turbaba.

—Pero creo que para ti la situación se volvería pronto intolerable, a menos que...

—...A menos que...

—Si Hansi quiere seguir... divirtiéndose... contigo...

—No sé si me gustaría, pero si a ella le gustara, no tendría celos.

—¿No te molesta que Hansi me dé algo de beber?

—Creo que incluso, ¿cómo decirlo?, me conmueve. No lo necesito, pero, en fin, habíamos abusado, has venido, y luego... Estoy seguro de que Hansi...

—Guardemos el secreto a Hansi en realidad le atrae la idea... pero no quiere admitirlo. Aunque a veces bromea sobre esto, en realidad lo odia... Me encanta, Pierre, compartir un secreto contigo. Me gustaría besarle la mano. Sí, ya lo sé, no hay nada más pesado que el masoquismo. ¡Pero aprovecho, soy lo bastante guapa como para no dar fastidio! Una viciosa que prefiere a las mujeres es de todos modos muy cómoda. Los hombres son amos más serios, pero también más empalagosos. Las masoquistas que quieren a las mujeres son amigas muy valiosas, hacen de todo... Tu amistad me ha dado va-

lor. Seguramente no me despediré de esta casa.

—Lulú, ve a buscar champán: si Hansi sigue durmiendo, brindaremos por nuestra amistad. Sabes que amo a Hansi, pero quiero que sepas que la deseo cuando estás a su lado.

Lulú trajo champán y fui a sentarme con ella fuera del cuarto en que dormía Hansi.

—Me he quitado —dijo Lulú— mi traje de sirvienta, pero volveré a ponérmelo para la cena; la cena os espera.

Abrí la botella. Entregué a Lulú su vaso.

—Nos gusta la misma mujer —le dije—. ¡Brindemos por esta complicidad!

Vaciamos varios vasos seguidos. Me sentía feliz, reía:

—Te besaré, Lulú, pero en la mejilla... No te enfades conmigo, pero estoy sediento de Hansi.

—Pero, Pierre, a mí no me gustan los hombres; lo que amo en ti es la felicidad de Hansi. Y los tres lo entendemos así. Despertémosla, y traeré la cena. Hemos hablado de mí, pero se supone que no te he dicho nada de ella, salvo, de paso, de su aversión por la juega... de la que no quisimos hablar...



Fui a despertar a Hansi en el cuarto —y le hice notar mi animación.

—Maravilloso —me dijo, besándome—, pero tengo mucha hambre, cenemos primero.

Lulú nos sirvió. Cenamos. Hablábamos poco, bebíamos mucho. Hansi bostezaba. Luchábamos mientras comíamos contra un sentimiento de decrepitud. Los nervios del cráneo se hacían dolorosos; ya no teníamos nada que decirnos. Comíamos, bebíamos con la esperanza de adormecer un dolor agudo. Hansi me dijo:

—Sin embargo, me siento feliz; me duelen los ojos, pero te veo.

—Sí, los ojos me duelen, pero te veo; la única manera de no sufrir demasiado es la de volver a hacer el amor.

—Ya no tienes fuerzas.

Quise mostrarme fuerte y tomé su mano. No sé si el desfallecimiento, o la entrada de Lulú, o las dos cosas, me sorprendieron y, en lugar de soltar la mano, la besé. Me dejé ir, mis labios se entreabrieron, sequé con mi pañuelo el sudor de mi frente.

—Contigo el sufrimiento es delicioso: y, no obstante, es sufrimiento.

—Si la señora lo desea —interrumpió Lulú—, tengo mi velo de enfermera.

—Hacen falta camillas y enfermeros —dijo Hansi—, poco puedes hacer. Pero pronto te pediremos que lleves a la cama a estos ancianos. La síncope, Lulú, espero la síncope: nada más. Me río y deseo, Lulú, que estés con frecuencia tan moribunda como yo. Pero me río de dientes para afuera, y este deseo no se justifica sino en pasado. Ahora... ya no tengo fuerzas para comer.

Yo estaba pálido e hice con la mano un gesto de impotencia. Ya no tenía fuerzas para hablar.

—¡Es el colmo de la felicidad! —dijo Lulú.

Hacía muecas por no poder reír —y no poder gozar— del exaltante estado de ánimo de Lulú, por sufrir más bien de aquella complicidad convenida, que me horrorizaba. La náusea, la felicidad se confundían.

Hansi se arrastró hasta la cama y se durmió inmediatamente.

Pero yo no pude dormir. Acaricé en vano sus nalgas, su grupa, sufriendo, reflexionan-

do a su lado; las miré mucho tiempo. No habían dejado de simbolizar el loco exceso de goce que aún parecía invadirlas y que seguía siendo la razón de su belleza, que, en su indecencia, era un desafío al Dios casto que yo había amado. En mi dolor y en el sentimiento del de Hansi, oponía a este goce —que había sucedido al goce contrario, sepultado ya en la lejana oscuridad del pasado— la alegría en Dios que había vivido. El actual dolor debería haberse amoldado, a mi juicio, a la maldición de los cuerpos y de esta felicidad que nos engaña. Pero, al sufrir, me decía en mi náusea que el goce carnal era santo: el éxtasis que sucedía a la oración quizás también fuera santo, pero seguía siendo dudoso; para ello, debía esforzarme, concentrar la atención, y sólo entonces me colmaba. No obstante, jamás alcanzaba este grado de superabundancia, de fuerza exuberante, que me superaba, me sofocaba y me hacía gritar. O, si lo alcanzaba, debía dudar de lo que en modo tan extraño había provocado en mi cabeza una turbación, en la que participaban los infantiles juegos de la inteligencia. En el éxtasis en que Hansi y yo nos habíamos extraviado, participaban

ante todo nuestros vientres desnudos, luego un amor ilimitado empeñado en que nuestros vientres se desnudaran y se liberaran sin límite. Esta abolición de los límites, que nos dejaba a los dos extraviados, me parecía más profunda que los sermones del sacerdote en la capilla de la iglesia, me parecía más santa. Veía en ella la medida de Dios en la que jamás vi sino lo ilimitado, la desmesura, la demencia del amor. Así pues, en mi náusea, besé las nalgas de Hansi, sin sentirme menos repudiado por la alegría que me habían dado que por la maldición divina. Pero tuve, en aquella desdicha poco profunda, la fuerza de decirme: amo el culo de Hansi, amo también saber que Dios lo maldice. En mi náusea, me río de esta maldición, que lo diviniza tan profundamente. El culo de Hansi es divino, si lo beso, si sé que a ella le gusta sentir en él el beso de mis labios. Entonces, subí las sábanas y dejé de ver el objeto de mi impotente pasión. Al igual que cae una cuchilla, el sueño y el ensueño me cortaron del mundo en el que realmente vivía: a mi lado, se multiplicaron los cuerpos desnudos, una especie de ronda que no era sólo libidinosa, agresiva, sino que

se entregaba tan pronto al placer de devorar como al de fornicar, y que, al ofrecerse a la vez al placer más bajo, rozaba el sufrimiento, el estrangulamiento de la muerte. Esta ronda proclamaba que la fealdad, la vejez, el excremento son más frecuentes que la belleza, la elegancia, el resplandor de la juventud. Tenía la sensación de encenagarme, en aguas e inmundicias, y de no poder encontrar ya refugio ante la marea: al igual que la garganta del ahogado se abre de par en par a la enormidad de las aguas, yo sucumbiría al poder de la maldición, del infortunio.

El desarrollo de mi pesadilla no fue tan simple y, aunque me acordara del principio, olvidé el final. Cincuenta años después, aún me acuerdo, quizás, pero únicamente de que, a los veinte años, me produjo un choc. No recuerdo el sueño en sí, pero sí el sentimiento que me dejó y que, sin duda, sistematicé lo mejor que pude. Asociaba entonces la imagen que conservaba de la divinidad violenta a la de la voluptuosidad de Hansi, y una y otra a aquellas inmundicias cuyo po-

der soberano y horror eran infinitos. Cuando era devoto, había meditado sobre el Cristo en la cruz y sobre la inmundicia de sus llagas. La atormentada náusea que provenía de un abuso de la voluptuosidad me había llevado a esa horrible mezcla en la que toda sensación estaba abocada al delirio.

Mi insensibilidad, mi torpor moral, habían progresado sorprendentemente. Como si mis nervios, encharcados de morfina, no sintieran nada. Había dejado incluso de pensar en la religión que, según creía, me trastornaba hondamente. El goce que daba a Hansi, el deseo de la voluptuosidad que la hacía mía, la felicidad de excitar la profunda desnudez de su cuerpo, de descubrirla y turbarme en él, habían sustituido el temblor, el sobresalto y la visión que me aportaba la presencia divina, que antaño me hablaba, me llamaba y me atormentaba.

Había recibido muy pronto noticias de mi madre. No sufría de su ausencia, y, cuando sus cartas me hablaron cínicamente de la vida que llevaba en Egipto, me escandalicé ligeramente al principio, pero luego me divertí leyéndolas. Me dije que yo mismo, Hansi... Mi madre se ponía frenética, se había

desencadenado, pero me decía que era feliz: decía que estaba encantada de trastornar su vida cada día más, en lugar de disciplinarla. Habría podido adivinar la razón por la que me escribía: pero la admiraba, la envidiaba y le agradecía por mi felicidad.

«Tu padre», me escribió un día, «me mantenía en el buen camino. Me esforzaba por remediar el escándalo de sus borracheras mediante una respetabilidad afectada. Hoy, en Egipto, donde nadie me conoce, donde vivo, excepto para Correos, bajo un nombre falso, estoy convirtiéndome en el escándalo del Cairo: hasta tal punto que me señalan con el dedo. Me emborracho con más discreción que tu padre... pero me distingo con las mujeres. ¡Imagínate que es Rea quien me modera! Me suplica que salga con hombres. ¡Salgo con hombres! Peor aún, me dice Rea. Entonces salgo con ella una noche, y nos echan del restaurante. Por lo visto, nos habíamos portado muy mal... No debería escribirte, pero la bella Hansi me escribió diciendo que mi última carta te hizo reír. No necesito nada más. En la pendiente en que me encuentro, he dejado de contenerme: como más rápido me siento deslizar, más me

río y más me admiro. Me admiro por escribirte así, y me maravilla pensar que mi carta es digna de ti.

»La traviesa de tu madre, feliz de saber que ríes y que, según dice Hansi, no eres menos soñador que tu madre.

#### MADELEINE.»

Poco tiempo antes, la carta me habría sumido en la desesperación. Me dio miedo, pero enseguida me felicité por vivir así, en la atmósfera de «sueño», inesperada para mí, pero a la que me había abocado la insolencia de mi madre. En aquel momento, me formé de mi madre una imagen seductora, bastante cercana a la verdad: mi madre tenía el derecho de portarse así, no podía imaginarme otro ser más tenso, ni más fuerte, la imagen misma de la audacia, consciente del abismo que había desafiado. Le contesté sin demora:

«...Me das miedo, mamá, pero me gusta tener miedo, hasta tal punto que, como más miedo siento más te quiero. Pero me entristece pensar que no puedo permitirme la es-



peranza de darte algún día, pese a mi audacia, la impresión de superarte. *Me avergüenzo de ello* y, no obstante, me place pensarlo. La única audacia que puedo permitirme es la de sentirme orgulloso de ti, de tu vida, y de seguirte *de lejos*. Empiezo apenas a sentirme —muy pocas veces— molesto por la sensatez, muy relativa, de Hansi. Me río de ella sin decírselo —contigo: pero no tendría ni la fuerza, ni el placer de corromperla.»

La respuesta me llegó — en posdata a una carta alegre, escrita con la misma tinta que la primera.

«Solo, jamás podrías corromper a Hansi: tu error es el de preferir el placer a la perversidad. Quizás, un día muy lejano, vayamos tú y yo de la mano.»

Habría tenido que ponderar el alcance funesto de la propuesta. Pero ¿cómo habría podido pecatarme de ello? Hoy, mi inconsecuencia me sorprende. Mis deseos me agitan en todos los sentidos. Al igual que Hansi,

quería ingenuamente preservar mi placer al amparo de esos angustiosos sobresaltos a los que sólo responden las enfermizas invenciones del vicio. Al igual que Hansi, estas invenciones me atemorizaban. Pero Hansi, a quien le gustaba rozar con frecuencia estas situaciones, las vivía con gran seguridad hasta el momento preciso en que aún se veía capaz de retroceder. Ahora, el vicio me fascinaba, en espera de lo peor, la lengua fuera y seca de tanta sed. Finalmente, hacía como ella, retrocedía, pero jamás estaba seguro de poder hacerlo. Tenía incluso la sensación de que jamás sabría retirarme a tiempo. Amaba a Hansi y amaba el deseo que ella manifestaba de un placer continuo, el asco que ella sentía por el vicio (como si la voluptuosidad pudiera durar de no ser un placer de la inteligencia, y no de los cuerpos, de no ser vicio). Lo comprendí demasiado tarde. Jamás dejaba Hansi colgar su lengua sedienta: amaba una felicidad que quería que fuera sin sombras y que jamás habría buscado, como los viciosos, en la desdicha. Nuestra felicidad era precaria, se edificaba sobre un malentendido. Le decía lo que yo creía que era mi pensamiento, mi

acuerdo profundo, pero, al mismo tiempo, escribía a mi madre, en respuesta a unas líneas en las que habría debido ver una grave amenaza: «Tu proyecto acerca de nuestra hermosa pelirroja me produjo un maravilloso escalofrío en la espalda. ¿De miedo? ¿De hechizo? No lo sé. Quisiera tener tu mano en la mía».

Me sentía fuerte con la ausencia de mi madre, no la veía más que a través de una nube y vivía en el presente. El presente en la «hermosa pelirroja», a quien despojaría por la noche haciendo emerger de una oleada de encajes sus largas piernas y su vientre ocre. Hansi me cubriría de besos que me excitarían. No la encontraba tan tímida. Pero mi madre dedicaba toda una hoja para decirme lo que jamás habría podido caer en manos de mi gran pelirroja: «Jamás sabrá tu gran "osa"», escribía mi madre, «que el placer de la inteligencia, más sucio que el del cuerpo, es más puro y el único cuya historia no se desgaste. El vicio es, para mí, como el negro resplandor del espíritu, que me ciega y por el que muero. La corrupción es el cán-

cer espiritual que reina en la profundidad de las cosas. A medida que voy degenerando, me siento más lúcida, y el desequilibrio de mis nervios no es para mí sino una devastación que proviene del fondo de mis pensamientos. Escribo, pero estoy borracha, y Rea, debajo de la mesa, me aterra. No estoy celosa de la gran "osa", pero lamento sentirla más razonable que Rea».

Hansi recibía también cartas de mi madre cuya risueña exuberancia justificaba para ella su incongruencia. Estas cartas se parecían a la primera parte de aquéllas que me estaban destinadas.

Hansi había siempre estado fascinada por mi madre, pero pronto ésta la había asustado. Se reía: deseaba el retorno de mi madre, pero, como yo, no podía evitar temerlo.

Un día, me enseñó la carta que le estaba escribiendo.

«...Pierre espera el retorno de su madre con impaciencia, y yo espero con la misma ansia el de mi amante. (La noche anterior a nuestro encuentro, ella había gozado en sus brazos.) Si no estuviera todas las noches en

los brazos de tu hijo... soñaría con los tuyos, o con tu cuello de doncella. Pero debo entregarme cada día al sueño torrencial de Pierre y asimismo no hay día en que no implore su exasperado tormento. Gracias a ti soy tan feliz que, lo sé, debería devolvértelo, pero esta felicidad que te debo me supera: reiré en tus brazos de la risa del reconocimiento, avergonzada de los placeres que nos damos Pierre y yo, feliz de los placeres a los que está abocado tu insaciable deseo, al que se mezcla el mío, como lo estaban nuestros dos cuerpos de enamoradas. Te beso y pido a Pierre que me perdone. En este instante, le engaño con el pensamiento, pero, al igual que al amarlo no dudo en seguir siéndote fiel, sigo siéndole fiel a él al deslizar con el pensamiento mi lengua por tus dientes. Pero, a tu vez, me perdonarás si, a tu regreso, no entregue mi cuerpo a tus besos, ya que le reservo a Pierre lo más valioso de mí. Privarme de un placer es volverme enferma, pero privarme de él por tu pequeño Pierre es un poco privarme de él por ti, y es hacerme más feliz.»

No dije nada: agradecí a Hansi, pero pensé que, en lugar de hacerme feliz, este rechazo que Hansi adornaba de incongruencias me entristecía. Me habría gustado que Hansi se divirtiera de vez en cuando con mi madre. Yo también odiaba la idea de beber con mi madre, como había querido hacerlo, y dejarme deslizar insensiblemente por la pendiente. Pero, por muy angustiado —no siempre— que sus cartas me dejaran, sus audacias me atraían. Jamás olvidé que Hansi era la amante de mi madre. Desde el principio, esta relación me había gustado, y ahora me habría complacido que se reanudase y durase. Al leerme su carta, Hansi me había turbado profundamente. Pero, pese a ser previsible, el final me desilusionó: únicamente la idea de que Hansi se proponía reservarme su cuerpo y no su boca me consolaba. Cínicamente pensé que mi madre besaría a Hansi en mi presencia. Tal intimidad respondía tanto más a mi deseo cuanto que el rechazo del cuerpo ponía un límite a lo que me habría llenado de espanto sin límite.

Tenía apenas el sentimiento de que mi vo-

luntad se dislocaba lentamente y que el regreso de mi madre sería el ciclón en el que todo se desmoronaría en el horror. Pero, en aquel momento, las ardientes frases de la carta de la «gran osa» me habían enardecido.

—Quisiera ver —le dije— en qué lugar de tu cuerpo eres pelirroja.

Obedeció burlonamente. Me dije que se parecía a mí y que la sola presencia de cualquiera de sus amantes, aunque sólo fuera una evocación, en el mal momento la inclinaba al «sueño». A las cinco, abrió aquel día los arcanos de la «puerta dorada». No volvió a cerrarlos hasta las tres de la mañana. Lulú, quien nos había servido y a quien más tarde invitamos, me preguntó al día siguiente qué nos había puesto en aquel estado.

—Estoy atónita —me decía Lulú—. Cuando entré anoche, Hansi, la cabeza hacia atrás, tenía los ojos en blanco. Jamás la habías besado delante de mí. Jamás, para acariciarla, la habías destapado tanto. Tú ya no veías nada.

—Tú tampoco...

Lulú me sonreía, levantó su vestido. Su malicia y su amabilidad, la pura línea de sus

piernas y el encanto de la indecencia, en fin su gravedad, su discreción me sugerían, más que un personaje de las mil y una noches, la idea de una joven rica y encantadora que un maleficio, al metamorfosearla en sirvienta, habría convertido en la encarnación del deseo descodado.

A la larga, tenía la sensación de ser un hombre feliz, poseedor de juventud, dinero y belleza, e imaginaba el mundo y a los que lo habitan como hechos para responder a la extravagancia de mis deseos. No dudaba ya de una felicidad, a la que la desdicha misma —e ingenuamente me enorgullecía de saberlo— añadía, cual el color negro a la paleta del pintor, un matiz de profundidad. Era feliz, me encontraba en el colmo de la felicidad. Me dedicaba, durante el día de este mundo insípido, a extraer de él cualquier satisfacción pueril o instructiva — la ironía del libertino. A la caída del sol, volvía a empezar la fiesta; Hansi, quien jamás delante de Lulú había admitido nada a no ser para obtener más bebidas, admitía por fin algún compromiso.



—Después de todo, soy tonta de andarme con chiquitas —me dijo.

Sacó del armario algunos disfraces. Hansi llamó a Lulú para que se pusiera un traje de tela transparente. Al volver las dos del cuarto de baño, Hansi se exhibió para que la admirara y Lulú me insinuó que me fijara en unas aberturas que permitían ver claramente lo que ocultaba el traje. Estaba extrañado y encantado de aquel cambio.

Pero, tras complacerse en la diversión que nos había brindado, Hansi se mostró de mal humor:

—Es divertido —dijo—, pero hay que saber parar a tiempo.

—Es mucho más divertido todavía —contesté.

—¡Prométeme, Pierre, que pararás a tiempo! Me aburría esta tarde, y Lulú me gustó. No tuve la sensación de engañarte.

—Hansi, estoy seguro de que esta noche nos querremos aún más plenamente.

—Tienes razón, pero me niego a hacer lo que quisiera Lulú. Déjanos, Lulú. Noto la impaciencia de Pierre, y la mía. Te llamaré más tarde.

Antes mismo de oír cerrarse la puerta, Hansi se desencadenaba entre mis brazos.

—Te quiero —dijo—, tienes razón, te querré más plenamente, creo incluso que te haré aún más feliz.

Nos adentramos tan profundamente en el abismo del placer que dije a Hansi:

—Hace un momento no te conocía y ahora te quiero un poco más de lo posible: me desgarras y creo que yo también te desgarré hasta el fondo...

—Quisiera beber antes de dormir —me dijo Hansi—. Separémonos, estoy segura de que estaremos otra vez en el mismo estado de gracias cuando vuelva a marcharse Lulú. Vístete y dame mi vestido.

Sonrió, pues aquel traje era todo lo contrario de un vestido, pero lo dispuso de manera que pareciera decente.

—Te ruego —dijo Hansi— que, incluso si me deseas tanto como hace un momento, no te acerques a mí. Sabes muy bien que el juego me da miedo.

Pero añadió riendo, con la voz alterada por

la angustia, y descansando con gran ternura la cabeza sobre mi pierna :

—Sin embargo, si me porto... un poco mal, ¿no me reñirás? Pero no abuses. Esta noche yo soy quien tiene todos los derechos. ¿Te parece bien? Aunque... no lloves el juego más lejos de lo que yo querría. No lo olvides : casi siempre he dicho que no...

De pronto, presa de traviesa jovialidad, exclamó :

—¡Será sin duda muy divertido, si tenemos miedo!

—Podrías componerte un poco el vestido, pero quizás no valga la pena —le dije, mirando de reojo el traje que había vuelto a su aspecto desordenado.

—¿Qué quieres? —me dijo ella—. Estoy de un humor sorprendente, pero imagino que eso te gusta.

—Jamás habría creído que me gustaría tanto, pero me gusta precisamente porque estás angustiada, como yo, y porque no irás hasta el final.

—¡Tienes la voz ronca! Yo también. Oigo llegar a Lulú.

Lulú colocó las botellas en el cubo de hielo. Al principio, nada me llamó la atención

de no ser la sonrisa de Lulú, más socarrona, más ahogada que de costumbre.

—Lulú —le dijo Hansi—, hoy nos divertiremos. ¿Me das un beso?

Lulú se deslizó en el sofá y, como entretanto se había puesto un vestido que tenía las mismas aberturas que el otro, separó los pliegues situándose de modo que yo pudiera entrever su trasero desnudo en el momento en que ofrecía su boca abierta a la lengua voraz de Hansi.

Pero Hansi, rechazando a Lulú, se levantó.

—Esto me ha dado sed —dijo.

—¿Puedo besarlo? —preguntó Lulú señalándome.

Furiosa, Hansi se limitó a mirarla.

—Pero, Hansi —dijo Lulú—, nadie le hace caso.

—Peor para él —dijo Hansi—. Abrázame, Pierre.

Se abandonó tan perfectamente a aquel beso que Lulú, compartiendo el éxtasis en el que nos fundíamos, se tumbó de un salto en el sillón contiguo.

Hansi la golpeó brutalmente con la punta del pie.

—Queremos beber —dijo—, tenemos mucha sed.

Y añadió:

—Sí, Lulú, no podemos más.

Me levanté y admiré los inmensos vasos dispuestos en la bandeja, que Lulú se apresuraba a llenar de champán.

Yo gozaba de mi malestar.

—Quiero beber en tus manos —dijo Hansi a Lulú.

Medio en cuclillas, Lulú acogió en sus dos manos a Hansi, quien, sin sentarse, se apoyó en ella: Hansi me miraba, abriéndose a mí en aquella mirada que, no obstante, era más hermética que de costumbre.

Bebí al mismo tiempo.

Lulú bebió, luego llenó los vasos. Habíamos dejado de hablar...

—Bebo otro vaso —dijo Lulú—, no quiero emborracharme a destiempo. Luego, la señora beberá en mis manos, si el señor lo permite...

Otra vez dejamos de hablar. Hansi volvió a apoyarse en Lulú: Hansi abría las piernas en modo ultrajante; bebía con avidez, pero, al mismo ritmo que yo, se detenía y me mi-

raba fijamente. Aquella especie de solemnidad era irrespirable.

Cuando pasamos al salón, ya estábamos a la vez borrachos y silenciosos. Yo esperaba. Hansi esperaba, y Lulú no parecía menos enferma que nosotros. Por entre las faldas abiertas se entreveía la posibilidad y, ¿quizás?, la inminencia de un violento desorden. Todo dependía de un botón del traje de Hansi... pero, al sentarnos ante una cena fría, Hansi abrochó el escote de su vestido.

*A partir de aquí la lectura del texto presenta dificultades. Los tres personajes se deslizan en una orgía paroxística, Georges Bataille parece vacilar constantemente entre un vocabulario descriptivo crudo y las perífrases que empleaba desde el inicio del manuscrito. Los fragmentos añadidos, anotados al margen, no tienen un lugar preciso, y muchos pasajes, entre corchetes pero no tachados, son inciertos. Al no haberse encontrado una copia en limpio del final del volumen, el lector comprenderá que es imposible, eligiendo una u otra versión, decidir arbitrariamente colocándonos en la piel*

*del escritor. Damos, por lo tanto, un resumen de las 16 hojas, intercalando los pasajes legibles más importantes.*

*Pierre, Hansi y Lulú, agotados de su desenfreno, duermen. Pierre se despierta en la noche. El rostro de Lulú lleva la huella de un latigazo de Hansi.*

. . . . .

Dormí mal. Cuando me desperté en plena noche vi que aún estábamos en el salón. Una vez desvelado, tomé conciencia de lo que significaban los muebles excepcionales de aquel salón y en particular el sofá forrado de seda adosado a lo largo de las cuatro paredes. Aquel sofá había sido diseñado para acoger los retozos de muchas personas a la vez: una puerta-armario le permitía a Lulú quitar la mesa sin tener que abandonar la sala. Me sorprendía mi ingenuidad: habíamos hecho ya el amor en aquel amplio sofá, pero jamás había pensado que Hansi lo había concebido con esta intención. En aquel momento, aún no del todo despierto y todavía soñoliento ante aquellas desnudeces femeninas desparrramadas en desorden, tenía la sensación de

encontrarme en un sueño penoso: me gustaba, pero no sabía cómo salirme de él. A la escasa luz de una luna que asomaba a veces detrás de las nubes, había podido ver el rostro de Lulú desfigurado por una llaga. Hansi acababa de hacer lo que, según me había dicho, más odiaba, y que tantas veces yo había lamentado que odiara, pero los muebles destinados a estos juegos daban fe de que estaba acostumbrada a ellos. Ni se me ocurría reprochárselo, la amaba, y sus juegos me habían brindado el mayor placer posible: antes de conocerlos, ya los había amado con el pensamiento, aunque hubiese descubierto en mí el gusto por estos juegos en la sordidez y la soledad del despacho de mi padre, o en las escenas que tanto me habían asustado entre Rea, mi madre y yo. Recuperaba el estado de espíritu de mis primeras poluciones y el de mi primer encuentro con Rea. Tenía fiebre y, desde la primera noche en que pasé en casa de Hansi, por primera vez sentía realmente angustia.

En este estado volví a dormirme. Cuando me desperté, Hansi lloraba en el sofá. Esta-



ba tumbada de bruces y lloraba. O más bien, con el puño en la boca, contenía el llanto. Fui hacia ella y, suavemente, le pedí que subiera conmigo a la habitación. No me habló, pero aceptó acompañarme, y sólo una vez en la cama volvió a temblar conteniendo las lágrimas. Imaginé que el cuerpo dormido de Lulú, con el rostro marcado, seguía tendido en el comedor.

—Hansi —le dije—, no volveremos a hacerlo nunca más.

No contestaba, pero dejó libre curso a sus lágrimas.

Muchas horas más tarde, Hansi me dijo finalmente con voz ahogada:

—Pierre, te debo una explicación, pero es horrible.

Y añadió:

—Lo he hecho a pesar mío y ahora siento que todo está perdido... Tu madre...

Estalló en sollozos.

—Es demasiado difícil... No puedo más. Te quiero demasiado, pero todo está perdido. Déjame.

Lloraba sin parar hasta que, por fin, entre sollozos, me habló:

—Sabías que yo era, *que soy* amante de

tu madre, sabes que se ha dejado arrastrar por los mismos juegos a los que acabamos de entregarnos. Hasta el mismo día en que se fue, empleó todos los medios para arrastrarme a mí también. No era muy difícil. Lulú estaba siempre en casa. Era desde hacía tiempo mi amante, bajo el odioso disfraz de sirvienta en el que ella se complace: esta relación prolongaba los juegos infantiles en los que Lulú, que tenía un carácter violento, me forzaba a pegarla y a humillarla. Hubo siempre una especie de demencia en nuestras costumbres, Lulú me dominaba, me imponía su voluntad. No estaba contenta hasta que conseguía ponerme fuera de mí. En ese momento, me entraba la rabia lúcida que pudiste apreciar hace poco. Tu madre obtuvo la complicidad de Lulú tanto más rápido cuanto que, al negarme yo a compartirlas, Lulú comprendió en seguida que la única manera de gozar de mí sería aceptando las juergas de tu madre. Yo, por mi parte, acepté, al igual que lo hice cuando empezamos a querernos, seguir únicamente el juego de la sirvienta. Pero lo peor empezó el día en que tu madre, tras haberme emborrachado, consiguió lo que se proponía: aquel día, me

porté como hace un rato. ¡Y pegué a Lulú delante de tu madre!

*La madre de Pierre arrastró pues a Hansi en sus orgías colectivas. Y ahora, a punto de volver, le comunica su voluntad: todo debe volver a empezar, pero esta vez en presencia de Pierre.*

—¡Me he negado! —me dijo Hansi.

—¡Naturalmente! —exclamé.

Pero, en su angustia, subsistía calladamente el deseo de responder a la delirante propuesta de mi madre, de no rechazar aquel prodigio de desdicha y desgarró que era mi madre. Amaba a Hansi, pero amaba en ella la posibilidad de naufragar en el amor, aunque me asustaran las turbias fiestas de mi madre, por lo menos las que yo imaginaba, presa de este temor y de la dulzura a la que se mezclaban la posibilidad del sufrimiento y el sentimiento de una amenaza de muerte... En cuanto hube dicho con fuerza aquella palabra «¡Naturalmente!», sentí no sólo que me encontraba a merced de mi madre,

sino también que deseaba el abismo al que me arrastraba desde tan lejos. Ante la idea de perder a Hansi, los sollozos me sacudían y me ahogaban. Pero el recuerdo de la noche de exceso de Hansi me hacía pensar: «Tú misma, Hansi, no podrás quedarte al borde del precipicio, el mismo torbellino te arrastrará».

. . . . .  
*Pierre y Hansi vuelven al lado de Lulú.*  
. . . . .

—Queremos alegrarnos contigo —dijo Hansi—. Para nosotros, todo ha terminado, vuelve su madre. Alégrate, vamos a sufrir, y te ayudaremos a compartir nuestro sufrimiento, para trocarla por alegría.

Lulú, hablando con dificultad, preguntó:

—¿Cuándo vuelve?

—No lo sabemos, pero ya la locura invade la casa. Como peor te portes, mejor responderás a lo que nos atosiga.

. . . . .  
Un poco más tarde, Lulú me dijo:

—Tened piedad de mí, pedidme lo peor. ¿No hay nada más sucio que yo pueda hacer? ¡Qué lástima! Pierre, ¿sabes cómo se divertía tu madre en El Cairo? ¿Qué hacía con los hombres, por la noche, en las esquinas sucias de las calles? No puedes saber hasta qué punto, en tu lugar, estaría orgullosa de ella, en silencio. Ahora está en el barco navegando hacia nosotros. Lo hacía todas las noches: no puedo hablar sin que se me humedezcan los labios. Ahora, soy feliz. O, mejor aún, sería feliz si, al morir, pudiera besar los pies de tu madre.

Hansi y yo la besamos en una especie de convulsión dolorosa y febril. Hasta Hansi se entregaba, y la idea de mi madre le proporcionaba el mismo éxtasis agotador, desdichado, sufrido que a Lulú y a mí. Ya ni tan siquiera bebíamos. Sufríamos —y gozábamos amargamente de sufrir.

Todo el día abatidos, pasábamos de un sueño frágil, más parecido al dolor adormecido que al sueño mismo, a una voluptuosidad que era el mosto de la voluptuosidad. Estábamos confinados en aquella parte del apartamento que comprendía el cuarto de Hansi, el baño y el gran salón y que Hansi llama-

ba «ala secreta» por ser desde dentro, muy fácil de aislar. A veces nos tumbábamos en la alfombra, a veces en el sofá. Ibamos desnudos, deshechos, ojerosos, pero aquellos ojos parecían hermosos, como un resorte roto, y a veces, gracias a un disparo imprevisto, convertíamos un torbellino hueco en un trueno. De pronto, oímos que alguien llamaba a la puerta del pasillo.

Habían llamado a la entrada exterior del cuarto de baño. Quienquiera que fuera conocía sin duda la casa. Tenía la impresión de que había transcurrido mucho tiempo desde la noche anterior. Puse mi bata y abrí. No había nadie cerca de la puerta, pero, en el fondo del pasillo y bajo una luz tenue, vi a dos mujeres que parecían desnudarse — quizás vestirse. Una vez terminada la operación, vi de lejos que las dos llevaban máscaras de soberbios reflejos. Iban, efectivamente, vestidas, pero no llevaban más que una camisa y un pantalón bombacho de encaje. Entraron sin más y sin decir palabra. Una de ellas cerró el pestillo interior y después las dos pasaron del cuarto de baño a la habitación y de allí al salón donde acabaron de despertar a mi amante y a su sirvienta. Sus más-

caras y el maquillaje me impedían reconocerlas. Comprendí, no obstante, muy pronto que una de ellas era sin duda mi madre, y la otra Rea: si no hablaban, era seguramente con el fin de aumentar, de ser posible, mi angustia. Y la angustia que me causaban crecía a la par que la de ellas. Una de ellas habló al oído de Lulú, quien fue repitiendo en voz alta lo que escuchaba. Me pareció que el discurso iba dirigido ante todo a mí, a mi angustia. Desde la víspera, ellas habían ocupado su tiempo en juegos que las habían agotado tanto como los nuestros a nosotros. No quedaba nada de la insolente alegría que tenían aquellas cuatro mujeres, de quienes ya no dudaba de que una era mi madre y la otra Rea. «No vinimos», decían, «con otras mujeres —u otros hombres— que nos habrían distraído de un elemento que nos turbaba profundamente.»

. . . . .

De pronto, me encontré ante mi madre; se había liberado de toda sujeción, había arrancado la máscara y miraba oblicuamente, co-

mo si con aquella sonrisa oblicua hubiera aliviado el peso bajo el que sofocaba.

—No me has reconocido —dijo—. No has podido alcanzarme.

—Te he reconocido —contesté—. Ahora, descansas en mis brazos. Cuando haya llegado la hora de mi último suspiro, no estaré más agotado que ahora.

—Bésame —dijo mi madre—, para dejar de pensar. Pon tu boca en la mía. Ahora, sé feliz, como si no estuviera hecha una ruina, como si no estuviera acabada. Quiero hacerte entrar en ese mundo de muerte y de corrupción en el que ya sientes muy bien que estoy encerrada: sabía que te gustaría. Quisiera que ahora deliraras conmigo. Quisiera arrastrarte en mi muerte. Un corto instante del delirio que te daré ¿acaso no vale el universo de necedad en el que el mundo se congela? Quiero morir, «he quemado mis naves». Tu corrupción era toda mi obra: te daba lo que poseía de más puro y más violento, el deseo de no amar más que aquello que me arranca la ropa. Esta vez, es la última.

Mi madre se quitó delante de mí la camisa y el pantalón. Se acostó desnuda.



Yo ya estaba desnudo y me acosté a su lado.

—Sé ahora —dijo ella— que sobrevivirás después de mí y que, al sobrevivir, traicionarás a una madre abominable. Pero, si más tarde te acuerdas del abrazo que pronto nos unirá, no olvides la razón por la que me acostaba con mujeres. No es el momento de hablar del harapo humano que fue tu padre: ¿era realmente un hombre? Lo sabes, me gustaba reír, y quizás no he terminado aún. Jamás sabrás hasta el último instante si me reía de ti... No te he dejado contestar. ¿Sabré aún si tengo miedo o si amo demasiado? Déjame tambalearme contigo en esta alegría que es la certeza de un abismo más entero, más violento que cualquier deseo. La voluptuosidad en la que naufragas es ya tan grande que puedo hablarte libremente: tras de mí, vendrá tu desfallecimiento. Entonces, me iré, y jamás volverás a ver a quien te esperó para no darte más que su último suspiro. Ah, aprieta los dientes, hijo mío, te pareces a tu picha, a esa picha chorreante de rabia que irrita mi deseo como un puño.